

EVARISTO MARTIN NIETO

EL CLAMOR  
DE  
LOS POBRES

ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA  
TORRE DEL MAR



[CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA]

© Evaristo Martín Nieto  
Septiembre 2003



**ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA**

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --

C/ San Martín nº 2

29740 TORRE DEL MAR (Málaga)

---

---



## PRESENTACION

La pobreza y los pobres son una de las claves más importantes en la lectura de la Biblia. Si así no fuere, la Biblia dejaría de ser la Palabra de Dios, normativa de la conducta humana en su aspecto religioso y social.

Siempre ha habido pobres en la tierra y siempre habrá que estar con ellos, si queremos estar con Dios. Las clases sociales de ricos y de pobres, de opresores y de oprimidos, constituyen una despiadada agresión contra los planes de Dios sobre un mundo fraterno.

Nunca ha habido en el mundo tanta riqueza, acumulada en manos de una minoría que no se harta nunca de dinero, y, al mismo tiempo, tanta pobreza generalizada en una masa ingente de personas que lucha por sobrevivir y que termina muriendo de hambre, algo que debe llenarnos de sonrojo, sobre todo a los que creemos en el reinado de la justicia y del amor proclamado por Jesucristo.

La injusticia, que enriquece a unos y empobrece a otros, es la causa última de los desequilibrios sociales. Sin justicia social, no es posible una pacífica convivencia humana. El amor al dinero está en la raíz de todos los males, de todas las injusticias y de todas las guerras.

Dios ha destinado por igual los bienes a todos los seres humanos sin distinción ni acepción de personas. Si este querer de Dios, tan lejos de cumplirse, está en el centro de la revelación divina y pertenece al corazón del evangelio, es lógico que hayan corrido ríos de tinta y se haya escrito cuanto podía y debía escribirse sobre las abismales diferencias económicas y sociales que dividen y discriminan a los pueblos.

Soy, por tanto, consciente de que no digo nada nuevo al

lector. Si he decidido publicar este trabajo, con el mismo título de un libro, que publiqué hace cincuenta años, “El clamor de los pobres”, aunque ahora con aspectos nuevos, y de manera muy breve, es porque creo que se trata de un problema que debe tener siempre presente la Iglesia en su misión de denunciadora de tantas injusticias, tal y como otrora hicieron los profetas clásicos de la Biblia, y como debemos hacer hoy cuantos creemos en Jesús, el cual fue condenado por hacerse Hijo de Dios y por ser un revolucionario social, en el sentido más noble de la palabra, es decir, por predicar una doctrina que conllevaba un cambio substancial de las “estructuras de pecado”, políticas y sociales de su tiempo y de todos los tiempos.

Nos obliga a ello el evangelio, en el que los pobres ocupan el lugar de preferencia, en su calidad de representantes cualificados de Jesucristo, también pobre. Y porque con los valores sociales del evangelio, proclamados y vividos por la Iglesia, es posible acabar con la situación antievangélica en la que el mundo está instalado. Si en la Carta Magna del Reino de Dios, Jesucristo afirmó con rotundidad que los pobres son bienaventurados, es porque, con su venida, llegó la hora de que dejen de ser pobres. Mas para que así sea, los ricos tienen que dejar de ser ricos. He ahí el camino hacia la utopía bíblica basada en la igualdad de todos los miembros de la gran familia humana.

# EL CLAMOR DE LOS POBRES

## I.- ANTIGUO TESTAMENTO

### I.- EL PUEBLO DE DIOS

#### 1.1. Un pueblo pobre

Abrahán era de Ur de los Caldeos, al sur de Babilonia. Dadas las circunstancias de penuria, que afligían a Caldea, numerosas familias se vieron obligadas a emigrar, entre ellas la de Abrahán. Pero en Abrahán la emigración está esencialmente ligada, no sólo al estado de necesidad, sino a la elección divina, a la llamada de Dios. Hacia el año 1.850 a.C. Dios le ordena:

"Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre y vete al país que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo. Te bendeciré y engrandeceré tu nombre" (Gn 12,1-2).

Abrahán obedece, sin decir una palabra, pues cuando Dios manda, al hombre le toca obedecer. Lo deja todo, pero, a cambio, recibirá una tierra y será el padre de un pueblo grande y numeroso. Y Abrahán comienza a recorrer el camino de la esperanza. Llega a Palestina por el norte (Siquem) y Dios le dice:

"Esta es la tierra que yo daré a tu descendencia" (Gn 12,7).

Baja al sur (el Negueb), pero a causa del hambre que sobrevino en esa región, se ve de nuevo obligado a emigrar, ahora a Egipto, donde los frecuentes desbordamientos del Nilo hacían de esta tierra un oasis de fecundidad, al lado de las sequías de los pueblos vecinos. De Egipto retorna a Palestina por las regiones montañosas incultivadas. Recorre de nuevo Palestina con la incertidumbre del porvenir desconocido. Toda su vida fue caminar, abrir caminos. Al final no ve realizadas las

promesas. En lugar de una descendencia numerosa (Gn 15,5-6), sólo tiene un hijo, y para no ser sepultado en tierra extranjera, tiene que comprarse unos metros de tierra (Gn 25,10).

Abrahán murió pobre, esperando el cumplimiento de las promesas que se repetirán después a Isaac:

"No bajas a Egipto, quédate aquí, en este país, yo estaré contigo y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia os daré esta tierra cumpliendo el juramento que hice a tu Padre Abrahán"(Gn 26,2-3).

Esta misma promesa reiterará a Jacob (Gn 28,13-15) y finalmente a Moisés (Ex 3.6-8.6.28)

Abrahán es el símbolo, el modelo ideal del hombre de fe, del pobre que confía en Dios, que se fía de él, que abandona su futuro en sus manos y que sólo en él tiene puesta su esperanza.

Hacia el año 1.740 la familia de Jacob bajó a Egipto, donde, al cabo de los tiempos, comenzó a cumplirse la promesa hecha a Abrahán: Su descendencia, en efecto, se hizo numerosa:

"Los israelitas, muy fecundos, se multiplicaron sobremanera, llegando a ser tan numerosos, que ocuparon toda aquella región" (Ex 1.7).

Pero estaban condenados a vivir en tierra extraña y sometidos a los trabajos forzados de la esclavitud en la construcción de las ciudades de Pitón y de Ramsés (Ex 1,3 -16)

Tenía que cumplirse también la promesa de la tierra. Había, pues, que sacar de la esclavitud a los hebreos y hacer de ellos un pueblo independiente y libre. Para esa misión, Dios elige a un pastor, Moisés, de la tribu de Leví, que había sido educado en la corte de Egipto, de donde tuvo que huir, pues estaba perseguido por el Faraón, por haberse tomado la justicia por su mano ante el maltrato que los egipcios daban a sus

conciudadanos hebreos (Ex 2,11-12), para refugiarse en el desierto del Sinaí.

Moisés acaudilla la gesta del éxodo y es el fundador de Israel, un pueblo de pobres, de oprimidos, de esclavos, al que Dios elige, entre todos los pueblos de la tierra, por puro amor:

"El señor, tu Dios, te ha elegido para pueblo suyo entre todos los pueblos de la tierra. El Señor se fijó en vosotros, no por ser el pueblo más numeroso entre todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos. Porque el Señor os amó y ha querido cumplir el juramento hecho a vuestros Padres" (Dt 7.6-8).

A pesar de ser un "pueblo de cabeza dura" (Ex 33.3). Un pueblo teocrático, cuya ley constitucional, que regula las relaciones de unos con otros y de todos con Dios, se plasma en el Decálogo que Moisés recibe de Dios (Ex 20,1-17). Esto quiere decir que Moisés es también el creador de la monolatría y de la fe en Yavé.

Esta gesta, que constituye la primera y definitiva actuación de Dios en la historia humana para llevar a un pueblo oprimido a los espacios de la libertad, despertó en los hebreos una fuerte conciencia nacional que será vivamente reactivada a lo largo de los tiempos, de manera especial en la fiesta de la Pascua, en la que se recordará esto en alta voz, como uno de los artículos fundamentales del credo de Israel:

"Mi padre fue un arameo errante que bajó a Egipto. Allí se quedó con unas cuantas personas, pero pronto se convirtió en una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una cruel esclavitud. Pero nosotros clamamos al Señor, Dios de nuestros padres, que escuchó nuestras plegarias, volvió su rostro hacia nuestra miseria, nuestros trabajos y nuestras opresiones, nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo fuerte en medio de gran terror, prodigios y portentos, nos trajo hasta aquí y nos dio esta tierra que mana leche y miel" (Dt 26,5-9).

Este texto significa que Yavé está en contra de la opresión, que es el Dios de la libertad, que hizo libre al hombre, para que fuera libre, pues sin libertad, el hombre pierde la dignidad de persona.

El autor sagrado quiere decir también que Palestina es pertenencia del pueblo hebreo, pues le fue donada por Dios. Pero, en realidad, fue una conquista lenta, costosa y sangrante, una ocupación de la tierra hecha en nombre y con el poder de Dios, algo que se parece mucho a una "guerra santa".

A este respecto habrá que decir que todas las guerras son injustas y que las llamadas "guerras santas" son, también, sacrílegas y las guerras preventivas son, además, una locura. En las que aparecen en la Biblia, hechas en nombre de Dios, el hombre pretende justificarse, atribuyendo a Dios lo que es propio de sus peores instintos, el egoísmo, la agresividad y la violencia. Dios es el padre de todos y no puede ordenar que unos despojen y maten a los otros. No se puede admitir la existencia de dos dioses tan distintos en la Biblia, el del V.T., un Dios a veces guerrero que se pone, con su infinito poder al lado de un bando para destruir al otro, y el Dios del N.T. que proclama la fraternidad universal, la paz y el amor entre todos los pueblos de la tierra. Dios es siempre el mismo, el Padre misericordioso de todos los seres humanos sin distinción alguna.

## **1.2. Un pueblo igualitario**

Las clases sociales, ricos y pobres, explotadores y explotados, no deberían darse en un pueblo de hermanos, en el que todo debe ser común y compartido. De hecho, la tierra de las promesas se repartió entre todos por igual. Para evitar las diferencias sociales había, entre otras, estas dos leyes:

1) Liberación de los esclavos y condonación de todas las deudas en el año sabático:

"Si un hermano tuyo, hebreo o hebrea, se vende a ti, te servirá seis años. El séptimo lo dejarás libre" (Dt 15, 12).

La normativa sobre los esclavos era muy humanitaria y tenía como referencia la esclavitud sufrida por el pueblo: "Acuérdate que fuiste esclavo en Egipto y que el Señor, tu Dios, te dio la libertad"(Dt 15,15). El esclavo podía recibir alguna retribución al amparo del estatuto del asalariado. Cuando se le daba la libertad, no se le podía despedir con las manos vacías (Dt 15, 13), había que darle "algo de ganado, de la era y del lagar" (Dt 15,14). El Sirácida dirá después que al esclavo hay que tratarle como a uno mismo, como a un hermano (Si 33,31-32).

"Cada siete años perdonarás todo lo que te deban... Así no habrá pobres junto a ti"(Dt 15,1-4).

Se trata de una condonación total de la deuda, no sólo de los intereses, como interpretan algunos, pues estaban prohibidos la usura y el fraude:

"Si empobrece tu hermano y te tiende la mano... no le prestes dinero a interés, no le des víveres a usura" (Lev 25,35-37;Ex 22,24)

El que cobra intereses no es digno de entrar en el templo:

"¿Quién puede entrar en tu casa?.. El que presta su dinero sin cobrar intereses".

Participar en un acto de culto y cobrar intereses equivale a poner una vela a Dios y otra al diablo, pues es sabido que Dios y el dinero son incompatibles (Cf Mt 6,24).

El acreedor perdonará también al deudor todo lo que le haya prestado y no se lo exigirá nunca(Dt 15,2).

Cumplió Israel esta ley? La única constatación que tenemos en la Biblia es que Nehemías, después del destierro, obligó a los israelitas a perdonar todas las deudas a los hermanos (Neh 5,10).

Devolución de la tierra y de los bienes enajenados en el año jubilar (cada cincuenta años):

"En el año jubilar cada uno recobrará su propiedad" ( Lev 25,13).

El que se vio obligado a enajenarla, volverá a poseerla, con el fin de eliminar desigualdades diferenciadas e injustas.

El único propietario de la tierra es Dios: "La tierra es mía" (Ex 19,5). "Del Señor es la tierra y cuanto la llena"(Sal 24-,1). Sólo a él le pertenece y nos la ha dado a todos por igual. Así nos lo recuerdan Juan Pablo II y el Concilio Vaticano II:

"Es necesario recordar una vez más aquel principio peculiar de la doctrina cristiana: Los bienes de este mundo están originalmente destinados a todos"(SRS 4-2)

"Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos"(GB 61).

Nos la ha dado para que la disfrutemos de una manera equitativa y solidaria, no para que el 15% de la humanidad disfrute del 85% de los bienes del mundo y el otro 85% disfrute sólo del 15% restante. Todos los seres humanos tienen el mismo derecho a sentarse en la mesa redonda del banquete de la vida, a participar, por igual, en ella, pues en ella hay sitio para todos sin que haya presidentes y presididos.

Se trata de unas leyes que, tal vez, no llegaron a cumplirse, pero, en todo caso, señalan el ideal al que debe tender la comunidad humana: establecer la igualdad. El principio de igualdad debe mantenerse siempre en el pueblo de Dios como razón de su existencia. Esta igualdad fue un hecho durante los años de su vida nómada en el desierto. Lo fue

también en los primeros tiempos de su vida sedentaria en Palestina. Pero no tardaron en surgir la insolidaridad, el egoísmo, la ambición, el empobrecimiento de unos y el enriquecimiento de otros.

La monarquía originó y acentuó este desequilibrio social. Ya en tiempos de David y Salomón las mejoras económicas alcanzaron sólo a la familia real y al grupo de personas áulicas. Y así nos encontramos, del Siglo VIII en adelante, con las clases sociales, ricos y pobres, opresores y oprimidos, en abierta contraposición a los planes de Dios, el dueño de todo.

La restauración del judaísmo, después del exilio, se hizo en circunstancias pobres y precarias. Dominado sucesivamente por los asirios, babilonios, persas, griegos y romanos, el pueblo, en general, vivió en la pobreza. Y la relativa prosperidad en la dinastía de los Asmoneos y el reinado de Herodes no alcanzó a las masas populares.

## **2.- LA DEFENSA DE LOS POBRES**

En Israel se levantaron muchas voces en favor de los pobres.

### **2.1. Los legisladores**

El ordenamiento jurídico de Israel está fundamentalmente contenido en los códigos legales del Pentateuco: Decálogo mosaico (Ex 20,2-17), Decálogo cúllico (Ex 37,14-26), Código de la Alianza (Ex 20,22-23,19), Código deuteronomista (Dt) y Código sacerdotal (Ex. Lev. Núm.). Estas leyes amparan los derechos de los pobres.

Desde el punto de vista socio-económico y humanitario, superan, tanto en la letra como en el espíritu, a las leyes egipcias, sumerias, Código de Hammurabi, Código hitita, leyes

asirias y leyes babilonias. Su finalidad era evitar la pobreza: "No habrá entre vosotros ningún pobre"(Dt 15,4). Eliminar de la tierra la pobreza como una situación injusta y violenta, no querida por Dios.

Entre los pobres, la viuda, el huérfano y el emigrante eran, tal vez, el símbolo de la mayor pobreza. Frente a ellos hay que evitar estas dos posturas:

1ª) *Lo que no se debe hacer:*

"No explotes al pobre y al indigente, ya sea uno de tus hermanos o un emigrante" (Dt 24,14)."No maltratarás a la viuda y al huérfano. Si le maltratas, él clamará a mí y yo escucharé su clamor"(Ex 22,21).

Si alguien lesiona sus derechos será objeto de maldición pública:

"No viones el derecho del emigrante, ni el del huérfano, ni tomes en prenda los vestidos de la viuda" (Dt 24,17)."

"Maldito el que viole el derecho del emigrante, del huérfano y de la viuda. Y todo el pueblo responderá: ¡Amén!" (Dt 27,19).

Israel no debe olvidar su experiencia como un pueblo de emigrantes, oprimido y maltratado en Egipto. Allí habría aprendido la lección de lo que no se debe hacer y que hicieron con ellos:

"No explotarás ni oprimirás al emigrante, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto" (Ex 22,20)

2ª) *Lo que se debe hacer*

"Si un emigrante se establece en vuestras tierras ... será para vosotros como un compatriota más y lo amarás como a ti mismo" (Lev 19,33-34)

Dios siempre está de su parte:

"El Dios de los Dioses, el Señor de los señores, el Dios grande...hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al emigrante...Amad también vosotros al emigrante"(Dt 10,17-19).

A ellos pertenece el derecho del espiguelo y el de rebusco en la viña:

"Cuando hagas la recolección en tu campo, si olvidas en él una gavilla, no vuelvas a buscarla. Déjala para el emigrante, el huérfano y la viuda, para que el Señor, tu Dios, te bendiga en todas tus acciones. Cuando sacudas tus olivos, no vuelvas al rebusco de la aceituna, déjala para el emigrante, el huérfano y la viuda. Cuando vendimies tu viña, no vuelvas a la rebusca, déjalo para el emigrante, el huérfano y la viuda. Acuérdate que fuiste esclavo en Egipto. Por eso te ordeno que cumplas esta ley" (Dt 24,19-22; Lv 19,9-10;23,22).

El diezmo de los pobres, que cada tres años tenían que dar los propietarios, estaba destinado a los emigrantes, los huérfanos, las viudas y los levitas que también eran pobres:

"Cada tres años separarás la décima parte de tus productos de este tercer año y lo depositarás a las puertas de la ciudad, Allí vendrá el levita, que no tiene parte ni herencia como tú; el emigrante, el huérfano y la viuda y comerán hasta saciarse. Así el Señor, tu Dios, te bendecirá en todas tus obras y en todas tus empresas" (Dt 14,28-29).

Los pobres, los huérfanos y las viudas se veían, con frecuencia, obligados a vivir de la limosna y de la caridad pública, en cuyo caso, además de sufrir la pobreza, sufrían la humillación de tener que mendigar.

Pero no basta con dar una limosna al indigente, hay que darle, al propio tiempo, la consideración y la dignidad que se merece:

"Si poniendo mala cara a tu hermano necesitado, no le das nada, podría apelar al Señor contra ti, y te harías reo de pecado. Debes darle y darle con alegría; y el Señor, tu Dios, te bendicirá en todas tus obras y en todas tus empresas. Nunca faltarán pobres en la tierra, por eso te digo: Abre tu mano a tu hermano, al humillado y al pobre" (Dt 15,9-11).

La limosna hay que hacerla hasta con agradecimiento hacia el pobre que la recibe, por habernos dado la ocasión de realizar una obra que tanto contará para nuestra salvación en la hora definitiva del juicio final: "Tuve hambre y me disteis de comer...fui emigrante y me acogisteis..." (Mt 25,34-46). Siempre habrá pobres, pero Dios no quiere que los haya .

## **2.2. Los Reyes**

Israel era un pueblo teocrático. Tras el establecimiento en Palestina, las tribus, sometidas a la Alianza del Sinaí, estaban confederadas, en régimen de anficiónía. En un momento de peligro, se unían todas bajo un personaje carismático suscitado por Yavé que le ponía al frente de todas y llevaba siempre a la victoria. Fue la época de los jueces: los salvadores, los liberadores.

Al cabo del tiempo surgió una corriente que reclamaba una configuración política semejante a la de los pueblos limítrofes. Así que pidieron a Samuel, el último juez, un rey que se pusiera al frente de todas las tribus, pues no querían seguir con el régimen teocrático:

"Danos un rey para que nos gobierne... Queremos un rey y así seremos como todas las naciones; nuestro rey nos juzgará"  
(1 Sam 8,6.19-20).

A Samuel le desagradó esta petición, pero el Señor le dijo:

"Obedece la voz del pueblo en todo lo que te diga, porque no te rechazan a ti, sino a mí, para que reine sobre ellos" (1 Sam 8,7).

La misión fundamental del rey era la de " juzgar" al pueblo, la de ejercer la justicia y el derecho, salvar al inocente, proteger a los pobres, liberar a los oprimidos, tal como lo pedía el pueblo y está contenido en el salmo 72:

"Dios mío, da tu juicio al rey,  
tu justicia al hijo del rey,  
para que gobierne a tu pueblo con justicia  
y a tus pobres con rectitud.

Que defienda a los pobres del pueblo,  
que salve a los humildes  
y que aplaste al explotador.

Que en sus días florezca la justicia.

El liberará al pobre que pide auxilio,  
al desvalido y sin amparo,  
se apiadará del débil y del pobre  
y salvará la vida de los indigentes (1-2.4.7.12-13).

Los reyes, sin embargo, promulgaban leyes injustas, decretos de opresión negaban la justicia a los débiles, quitaban el derecho a los pobres y hacían de las viudas y de los huérfanos su presa y su botín. Todos los reyes practicaron la injusticia, por lo que son abiertamente reprobados, aunque con matizaciones en los casos de David, Josías, Ezequías y Joaquín:

La monarquía fue un desastre, la opresión del pueblo una desgracia, junto al enriquecimiento del rey y de los cortesanos. Así lo advirtió Samuel, antes de que la monarquía se pusiera en marcha. El texto, que transcribimos a continuación, es una constatación de lo que realmente había sido, no de lo que iba a ser, aunque se ponga en boca de Samuel: Esto es lo que hará

(lo que hizo) el rey, estos son (fueron) sus derechos:

"Tomará a vuestros hijos y se servirá de ellos..., tomará a vuestras hijas para perfumeras, cocineras y panaderas ... se apoderará de vuestros mejores campos, de vuestras viñas y de vuestros olivares... os cobrará los diezmos de vuestras mieses... se adueñará de vuestros criados... os exigirá el diezmo de vuestros rebaños y vosotros mismos seréis sus esclavos" (1 Sam 8,11-17).

El anhelo popular de contar con un rey, salvador del pueblo (los pobres y los oprimidos) lo llevará a cabo un rey que surgirá del tronco de Jesé, juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a favor de los pobres de la tierra (Is 11,1-4), ejercerá el derecho y la justicia (Jer 23,5). Su nombre será "El Señor nuestra justicia" (Jer 23,6), porque, en efecto, implantará la justicia en el mundo (Sal 98,9).

La tradición neotestamentaria ha visto en este rey al Mesías, amante de los pobres y predicador del "evangelio" en el que se revela la justicia de Dios" (Rom 1,16), el instaurador en la tierra del reino de Dios que no es otro que el de la justicia (Rom 14,7).

### **2.3. Los profetas**

Los profetas hablan en nombre de Dios. Denuncian las injusticias sociales. Reclaman cambios substanciales en el sistema establecido. Pretenden el equilibrio social, la eliminación de las desigualdades. Están al lado de los pobres, de los marginados, de los excluidos. Son la voz de los que no tienen voz, de los que nadie escucha. Son la conciencia crítica de la sociedad.

*Amós*, el primero de los profetas escritores (s. VIII a.C.), predica en el reino corrompido de Jeroboán II, rey de Israel. Clama contra los que compran al miserable por un par de sandalias (8,6); contra los que maltratan al pobre (4,1), lo

atropellan (5,2) y tratan de exterminarlo (8,4); contra los dueños de casas de invierno y de verano, de palacios de marfil contruidos con explotación de los trabajadores (3,14-15). Denuncia los desajustes sociales, la diferencia entre ricos y pobres (3,11-15; 6,4-8), los abusos de las clases dominantes (4,1-3), la opresión de los débiles (4,1; 5,10-12); la rapacidad de los poderosos (3,9-10), la inmoralidad de los comerciantes (8,4-6), el lujo y el consumismo (6,4-7). Opone el pecador al pobre, al cual identifica con el justo. Porque, ¿ es que el pobre, el que pasa hambre, puede pecar? Y si pecara ¿no quedaría ipso facto expiado su pecado con la mortificación de la inedia que padece, con la necesidad que sufre, con las carencias que soporta?

*Isaías I* (s. VIII) se relaciona con los cortesanos, condena las "leyes inicuas" que promulgan y que sirven para apartar del tribunal a los pobres, conculcar el derecho de los desvalidos, despojar a las viudas y robar a los huérfanos (10,1-3). Los jefes del pueblo se alimentan de los despojos del pobre, después de aplastar su rostro(3,14-19). Denuncia la injusta apropiación de la tierra por aquellos que no se hartan de acumular casas y campos hasta ocupar todo el lugar y quedar como "únicos propietarios del país"(5,8); la incuria de los que no hacen justicia al huérfano, ni atienden la causa de la viuda (3,2),el atropello del pueblo de la tierra. Pero Dios está siempre al lado de los pobres (14,30).

*Miqueas*, contemporáneo de Isaías, tiene las palabras más duras contra la avaricia de los potentados que, después de robar y saquear viviendas , "claman a Yavé", pero Yavé no los escucha, aparta de ellos su mirada (3,2-4). Querer compensar con rezos la crueldad de la injusticia es un sacrilegio. Rezan, hacen culto, pero se olvidan de lo principal. Isaías ya denuncia estos hábitos:

"Aunque hagáis muchas oraciones, no las escucho: que están llenas de sangre..., proteged al oprimido, haced justicia

al huérfano, defended a la viuda y luego venid a hacer cuentas conmigo" (1,15.17-18)...

Un culto ofrecido por hacedores de injusticia es un culto vacío, un culto que no vale. Dios lo tiene todo y no necesita nada de los hombres. Lo necesita en los mismos hombres que son su imagen, sus representantes, necesitados de justicia. Dios prefiere la justicia al culto:

"¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros... aprended a hacer el bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, defended a la viuda" (Is 1,11-17).

El profeta acuñará esta frase que Mateo pone por dos veces en boca de Jesucristo:

"Yo quiero amor, no sacrificios (Os 6,6)

Jeremías predicará la ineficacia de la vana palabrería espiritualista:

"No os hagáis ilusiones con repetir palabras engañosas: Oh el templo de Yavé, aquí está el templo de Yavé .Qué templo de Yavé , templo de Yavé. Si mejoráis vuestra conducta y vuestras obras, si practicáis la justicia, no oprimís al emigrante, al huérfano y a la viuda; si no derramáis sangre inocente en este lugar...entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar (Jer 7.4-7)

Una vida religiosa y una vida llena de injusticias son incompatibles.

Miqueas denuncia la corrupción de las personas públicas y religiosas que ejercen su ministerio político, social y religioso pensando en un puñado de dinero:

"Los jueces sentencian por soborno, los sacerdotes enseñan por salario y los profetas profetizan por dinero" (3,11).

*Sofonías*, que profetiza entre los años 640-630, ha identificado por primera vez, el pueblo futuro de la restauración con un pueblo "pobre y humilde":

"Dejaré en medio de ti, como resto, un pueblo humilde y pobre que esperará en el nombre del Señor" (3,12).

Un pueblo que es pobre, que tiene conciencia de su pobreza, de su debilidad, de su nada, y que, por eso mismo, sólo en Dios pone su confianza. La pobreza queda, de este modo, ligada a la humildad, y entra, como algo esencial, en la teología de la gracia. El pobre es un hombre de Dios:

"Buscad a Yavé los humildes de la tierra, cumplid su ley, practicad la justicia, buscad la humildad" (2,3).

La pobreza espiritual supone la pobreza material y se superpone a ella.

*Jeremías*, que profetiza del 626 al 583, es un gran defensor de los derechos quebrantados de los pobres:

"Esto dice Yavé: Haced derecho y justicia, librad al oprimido de las manos del opresor; no vejéis al emigrante, al huérfano y a la viuda, no los maltratéis" (22,3)

El derecho de los obreros ha sido conculcado. Los poderosos se edifican su casa a costa de los que las construyen, a los que niegan las cuatro monedas del jornal:

"¡Ay de los que edifican su casa con la injusticia, sus salones con la iniquidad, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle el salario del trabajo" (22,13).

Si Miqueas reprueba la ambición de las personas públicas, civiles y religiosas, Jeremías los califica de ladrones, mentirosos y estafadores:

"Todos, todos están llenos de rapiña, y todos, profetas y sacerdotes, están llenos de fraude" (6,13).

Se dirige directamente al rey Joaquín para censurarle su conducta, llena de injusticias, poniéndole el ejemplo de su padre, al que debería imitar en esto:

"Tu padre comía y bebía, pero practicaba el derecho y la justicia y todo le iba bien. Hacía justicia al débil y al pobre y todo le iba bien. Eso es conocerme dice el Señor" (22,13-16)

Conocer, es decir, amar al Señor, es practicar la justicia y amparar el derecho de los pobres. Todo esto significa que el vocabulario de la "pobreza" debe estar acompañado y explicado por el de la "justicia"; que la sociología queda indisolublemente unida a la teología, una teología aplicada a los problemas vitales de los hombres; y que el mundo de los pobres es un lugar teológico del que la teología no puede prescindir.

*Isaías II* (Cap 40-55). Un profeta genial y anónimo del exilio, mirando hacia el futuro, habla de la salvación mesiánica que será llevada a cabo por el "Siervo de Yavé". Lo hace en cuatro cánticos de una belleza literaria y de una no menos profundidad teológica (Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12). Este Siervo de Yavé no es un rey glorioso, sino un profeta doliente y pobre. Desde su absoluta pobreza realizará la salvación de las naciones (42,1), mediante el establecimiento de la justicia y la liberación de todos los oprimidos (42,4-6).

Hará una opción por los alejados, será misionero de los despreciados gentiles(49,16), mientras que no se empleará tanto en atender a sus conciudadanos israelitas (49,6).

El Siervo tiene palabras de esperanza para sostener y animar al cansado (50,4), a los que están a punto de desfallecer ante tantas contrariedades como encuentran en su camino, pues para los pobres todo son tropiezos y dificultades. Ellos son la

"caña cascada" (42,3) a punto de romperse, que hay que enderezar, la "mecha humeante" a punto de extinguirse (42,3), que hay que avivar. El Siervo clama contra los que cometen tamaños atropellos, pues no puede echarse atrás, ni eludir el mandato de liberar a los oprimidos (50,5).

El cumplimiento de esta misión le lleva a la muerte. Una muerte ignominiosa, llena de vejaciones y torturas, hasta dejarle desfigurado y machacado, semejante a un leproso que causa horror y ante el cual se vuelve la cara (53,5). Se entregará voluntariamente a la muerte sin abrir la boca (53,7). Morirá por los crímenes y las injusticias de todos los mortales (53,5), como víctima de reconciliación en expiación vicaria (53,5). Será destrozado por sus padecimientos (53,10), siendo el único que no cometió injusticia alguna, morirá cargado de todas las iniquidades de la humanidad, intercediendo por todos los criminales y hacedores de injusticia (53,11-12)

La Iglesia ha visto en el "Siervo de Yavé" al "Mesías-Cristo". En él están encarnados "los pobres de Yavé", el pueblo de los humildes, de la gente sencilla que busca en Dios su amparo.

*Isaías III* (Cap 56-65) es un profeta anónimo, discípulo de Isaías II que acompañó a los repatriados en el viaje de retorno.

Hacemos referencia sólo a dos textos del profeta:

1) La verdadera religión no consiste en ayunar, en macerarse, hacer penitencia, guardar el sábado y doblar la cabeza en fórmulas oracionales y en ritos litúrgicos puramente externos. Consiste en desterrar toda opresión, en respetar la libertad de las personas, en practicar la justicia y el amor:

"Doblar como un junco la cabeza,  
acostarse en el saco y la ceniza;  
¿A eso llamáis ayuno, día agradable al Señor?  
¿No sabéis cuál es el ayuno que me agrada?"

Soltar las coyundas del yugo,  
dejar libres a los oprimidos,  
romper todos los yugos;  
repartir tu pan con el hambriento,  
hospedar a los pobres sin techo,  
vestir al que veas desnudo  
y no eludir al que es tu propia carne" (58,5-7)

2) Isaías III parte de los cuatro cánticos de su maestro Isaías II y dice que el Siervo de Yavé ha sido ungido, ha sido destinado por Dios para llevar a cabo la liberación universal de todos los oprimidos de la tierra; para anunciar esta buena noticia, de manera especial a los pobres y a los prisioneros; a proclamar un año de gracia y de perdón, la amnistía general para todos los mortales:

"El espíritu del Señor, Dios, está en mí,  
porque el Señor me ha ungido.  
Me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres,  
a curar los corazones oprimidos,  
a anunciar la libertad a los cautivos,  
la liberación a los presos;  
a proclamar un año de gracia del Señor,  
un día de venganza para nuestro Dios" (61,1-2)

Jesucristo, el Mesías de Dios, hará tuyas estas palabras y dirá que justamente en eso consiste su misión redentora (Lc 4,18-19): liberar al hombre de todas sus esclavitudes, físicas, sociales, económicas, políticas y religiosas. Todos los pobres del mundo se reconocen en él, "el Mesías de los pobres", que, desde su pobreza, es su salvador, su modelo y su esperanza.

## **2.4. Los salmistas**

Los 150 salmos, que componen el salterio, fueron escritos a lo largo de la historia de Israel. Los pobres, en su sentido más amplio, es decir, los que sufren múltiples

carencias. son los principales protagonistas del salterio. Se ha dicho que los salmos son " la literatura de los pobres de Yavé".

Están en gran parte elaborados por ciudadanos de segundo orden, postergados, excluidos, perseguidos, enfermos, presos, personas abandonadas y desposeídas que sólo en Dios encuentran esperanza. Unas veces piden a Dios ayuda, porque están enfermos (6,38,102), o en prisión(107,142); porque han sido injuriados y calumniados (56, 82); porque están perseguidos (38) o abandonados (31, 35,41,71). Otras, dan gracias a Dios porque han sido liberados del peligro que los acosaba (40), de la tribulación (92), de la cárcel (116), de acusaciones falsas (9).

A lo largo del A.T., pero especialmente en los salmos, nos encontramos con dos clases de personas, en paralelismo antitético. En los primeros están representados los justos, los piadosos, los pobres, los humildes, los desvalidos; suelen ser también los explotados, los oprimidos, los marginados. Los segundos son los hacedores de injusticias, los opresores, los explotadores, los criminales. Dios se pone siempre al lado de los primeros, es su refugio, su defensor.

Dios es sensible al gemido de los pobres y a la opresión de los débiles (12,6) , está con los que practican la justicia y en contra de los que se burlan de los pobres (14,6), a los que ni siquiera permiten el derecho a tener la esperanza de salir de la pobreza.

El pobre, que ha sido ayudado por Dios, invita a sus compañeros de infortunio a que le acompañen a dar gracias a Dios y a confiar en él:

"Que lo digan los pobres y se alegren.  
Alabad conmigo la grandeza del Señor" (34,3)

Al que se apiada del pobre, Dios le salvará en el día de su desgracia (41,1). El Señor es padre de los huérfanos, defensor de las viudas, acogedor de los abandonados, cuidador de los

pobres (68,6-7.11) y salvador de los débiles; el que saca de la miseria al indigente (107,41); se pone a su derecha en los tribunales para defenderle en contra de sus acusadores y de los mismos jueces (109,31), a los que dice:

"Proteged al desvalido y al huérfano,  
Haced justicia al humilde y al necesitado,  
defended al pobre y al indigente,  
sacándolos de las manos de los opresores" (132,15)

En la lectura de los salmos citados y de tantos otros, habrá que tener en cuenta esa doble postura, presente por otra parte, en la humanidad a lo largo de la historia, de humilladores y de humillados, de opresores y de oprimidos.

## **2.5. Los sabios**

Los sabios son hombres especializados en el arte del buen consejo, el arte de saber hacer y de saber vivir, en el modo de proceder para triunfar en la vida. Su doctrina está extraída de la experiencia y del sentido común.

Para los sabios bíblicos esta experiencia humana a lo largo de la historia, maestra de la vida, está confrontada con la revelación y con la ley, la Torá. Sabio no es el que sabe mucho, sino el que en cada momento de la vida sabe actuar bien. Se trata, pues, de una literatura humanista, presente en cinco libros: Proverbios, Job, Eclesiastés (Qohelet), Eclesiástico (Sirácida) y Sabiduría. He aquí tres corrientes fundamentales que encontramos en estos referente a nuestro tema.

### *2.5.1. Bienaventurados los ricos-Malaventurados los pobres*

Con la fe en una retribución puramente temporal y no

ultraterrena, y partiendo de que Dios es justo y da a cada cual su merecido en esta vida, arraigó en Israel una doctrina según la cual la riqueza era un premio de Dios por haber cumplido sus preceptos, y la pobreza era un castigo por no cumplirlos. Esta doctrina se plasmó en las famosas bendiciones y maldiciones al promulgar solemnemente la Ley a la entrada en Palestina:

*Bienaventuranzas:* "Si escuchas la voz del Señor, tu Dios, guardando sus mandamientos...serás bendito en la ciudad y bendito en el campo. Bendito será el fruto de tus entrañas el producto de tu tierra y los partos de tus vacas y rebaños... el Señor, tu Dios, te hará abundar en bienes" (Dt 28,1.3-4.11).

*Malaventuranzas:* "Pero si no obedeces a la voz del Señor, tu Dios, guardando sus mandamientos .... serás maldito en la ciudad y maldito en el campo, maldita tu canasta y maldita tu artesa, maldito será el fruto de tus entrañas y el producto de tu tierra; malditos serán los partos de tus vacas y las crías de tus ovejas" (Dt 28,15-18).

Si todo se resuelve en esta vida y Dios es el soberano que actúa constantemente en la vida del hombre, esta postura parece lógica.

Los sabios, pues, se hacen eco de esta tesis: La riqueza es fruto de la virtud (Prov 13,18; 38,15). Pero al mismo tiempo constatan que es una tesis falsa, pues los buenos no siempre son premiados y los malos castigados. Muchas veces sucede todo lo contrario:

"Hay justos a quienes sucede lo que merece la conducta de los injustos

y hay injustos a quienes sucede lo que merece la conducta de los justos (Qo 8.14).

Ante esta injusticia ya hizo Jeremías esta pregunta a Dios: ¿Por qué prosperan los malvados"? (12,1). Es una pregunta sin respuesta razonable. Para el Qohelet eso, entre

otras cosas, es una vanidad, una sinrazón, algo que no tiene sentido.

La historia de Job desmiente también esta tesis, pues ¿cómo se explica que "un hombre perfecto, íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal" (Job 1,1), sufra las mayores desventuras y pobreza en sus bienes, en su familia y en su propia persona? Sólo hace falta abrir los ojos para comprobar la falsedad absoluta de esta tesis.

### *2.5.1. Bienaventurados los pobres-malaventurados los ricos*

¡Cuán diversa es la suerte del rico y del pobre en este mundo! La pobreza es un mal que acarrea muchos males. Los pobres son unos desgraciados, rechazados por todos, por sus amigos (Prov 14,20) y hasta "por sus hermanos" (Prov 19,7). Sin embargo, los ricos tienen muchos amigos (Prov 14,20), los multiplica, mientras que el pobre los pierde (Prov 19,4).

El comportamiento de la sociedad es obsceno: Todo lo que hace el rico está bien y lo que hace el pobre está mal:

"El rico comete una injusticia y encima presume, el pobre sufre una injusticia y encima debe excusarse" (Si 13,1). Cuando el rico habla, todos callan y ensalzan hasta las nubes su buen criterio; cuando habla el pobre, dicen: Quién es ese?" (Si 13,23). "Cuando el rico tropieza, hay muchos para recibirle en brazos, dice despropósitos y le dan la razón; cuando el pobre tropieza, se le carga de insultos, si habla con sensatez, no hay sitio para él" (Si 13,22).

La riqueza, tenuta como un don de Dios, termina por ser considerada como fruto de la injusticia y de la opresión. Los sabios, al igual que los profetas, denuncian y constatan que "los pobres son pasto de los ricos" (Si 13,19). Si hay ricos, es porque hay pobres. Los amantes del dinero son tan

inmisericordes que llegan hasta "quitar la cama en que se acuesta el que no puede pagarles lo que les debe (Prov 22,27). El rico se deja fácilmente llevar por la soberbia, "cree que es un sabio" (Prov 28,11), una "muralla elevada" que lo domina todo (Prov 18,11), "habla con arrogancia y con dureza" (Prov 18,23), se aleja de Dios.

El amor al dinero es una necesidad, una estulticia, una grave equivocación:

"Por amor al dinero muchos han pecado, quien busca enriquecerse se muestra despiadado (Si 27,1)."El que ama el oro no escapará sin pecado" (Si 31,5). San Pablo dirá: "El amor al dinero es la raíz de todos los males" (1 Tim 6,10) .

Confiar en las riquezas es una insensatez (Si 5,1).La riqueza diferenciante suele ser "mal adquirida" (Si 5,8), sobre todo la "adquirida de prisa", las cuales, aparte de ser injustas, se desvanecen también de prisa (Prov 13,11). En cambio, "buena es la riqueza cuando es sin pecado" (Si 13,24). Pero, ¿dónde está la riqueza sin pecado? "Dichoso el rico que no corre tras el oro", pero, ¿quién es este para que le felicitemos?" (Si 31,8-9) ¿Dónde se encuentra un rico así?

Por otra parte, el pobre es el representante de Dios, de tal modo que el que le ultraje está ultrajando a Dios y el que tiene compasión de él, le está glorificando (Prov 14,31; 17,5). Bienaventurados, por tanto, los que tienen piedad de los pobres (Prov 14,21).

No querer encontrarse con un pobre, no querer verle, es como no querer ver a Dios:

"No apartes tu rostro del pobre.  
no retires tus ojos del necesitado,  
y no des a nadie motivo para que te maldiga" (Prov 4,4-5)

No dar limosna al pobre es quitarle lo que es suyo, pues lo que le sobra al rico es del pobre:

"Hijo, no quites al pobre su subsistencia  
no tengas esperando los ojos suplicantes" (Si 4,1)

La limosna enriquece al que la da. Cuanto más se da, más se tiene. Y si queremos que Dios nos escuche, tenemos que escucharle a él en la voz de los pobres que es su propia voz:

"El que da al pobre no sufrirá la miseria, el que cierra sus ojos será maldito" (Prov 28,27).

"El que cierra sus oídos al clamor de los pobres, también él clamará y no se le responderá" (Prov 21,13).

Así que las malaventuras amenazan a los ricos y las bienaventuras recaen sobre los pobres. Pero los sabios también constatan que la pobreza del que pudiendo no quiere trabajar es fruto de la holgazanería (Prov 6,6-11), y esa pobreza no es una virtud, es un pecado.

### 2.5.3. *Malaventuradas la riqueza y la pobreza*

La riqueza entraña un grave peligro de perdición:

"Muchos se perdieron por amor al oro  
y dieron de bruces con su perdición.  
El oro es una trampa para cuantos se entregan a él,  
todos los insensatos caen en ella (Si 31.6-7).

El Dios dinero y el Dios de la Biblia son incompatibles. Jesucristo dirá que no se puede servir a Dios y al dinero (Lc 16,13)

Pero la pobreza extrema también entraña el mismo peligro. El pobre pobre, no sólo se puede olvidar de Dios, sino incluso de renegar de él. Así que tanto el rico como el pobre, uno por tener mucho y el otro por no tener nada o casi nada, corren el riesgo de perderse.

La riqueza propicia el pecado y el olvido de Dios y la pobreza extrema puede provocar la blasfemia contra Dios. Ante

este doble peligro, el ideal es la mediocridad económica:

"No me des pobreza ni riqueza.  
concédeme el pan necesario,  
no sea que, saciado, reniegue de ti  
y diga: ¿Quién es el Señor?,  
o que siendo pobre, robe  
y profane el nombre de Dios"(Prov 30,8-9).

Con tener lo necesario, basta. ¿Y qué es lo necesario?  
Esto:

"Lo esencial para vivir es agua, pan y vestido  
y una casa para cobijarse" ( )

¿Para qué acaparar riquezas, si, al final, todo hay que dejarlo aquí:

“El hombre nace desnudo del seno de la madre y se irá  
como vino. Nada se puede llevar consigo” (Qo 5,14)  
Su riqueza la derrochará un hijo o las disfrutará un  
extraño (Qo 6,2)

Amontonar riquezas es una estupidez, una fatuidad. ¿Qué ventaja tiene entonces el rico sobre el pobre? Ninguna. Lo que al final tiene es una desventaja al presentarse ante Dios.



## II.- NUEVO TESTAMENTO

### I.- JESÚS POBRE

#### 1.1. El nacimiento

Jesús nace fuera de la ciudad. Como los más pobres. En una cueva del desierto de Judá, destinada a las caballerizas. Su cuna fue un pesebre hecho de piedras. En la posada pública - katalima-, donde la estancia era gratuita, un patio cuadrangular, a cielo abierto, en cuyo centro estaban las caballerías, y en los cobertizos las personas, no había sitio "para ellos", dado el inminente alumbramiento de María que requería un acomodo reservado, lo que allí no era posible. Y como José y María eran pobres, no podían albergarse en estancia de pago.

J. Maldonado dice que no encontraron el lugar adecuado "debido en gran manera a su extraordinaria pobreza, odiosa para todos, porque, si hubieran sido ricos, a buen seguro que no les faltara hospedaje. ¿Adonde no puede entrar el dinero?" (Com. al ev. de Lucas, BAC, Madrid, 1951, pag. 376). "Los pañales se ponen aquí en lugar de púrpura y las fajas en lugar de fino lino propio de Reyes" (S. Cipriano). Jesús quiso tener por madre una mujer pobre. María lo fue. Ella misma proclama su pobreza, su "baja condición social" –tapeinosis-: (Lc 1,48). Esta fue la causa de que Jesús viniera a este mundo marcado desde el principio con el signo de la pobreza.

#### 1.2. Los Pastores

Al rey de Reyes, el soberano del mundo, fueron a rendirle pleitesía, no los grandes, los nobles y los poderosos, los teólogos y los expertos en las Sagradas Escrituras, sino los ignorantes, los insignificantes, los pastores, pertenecientes al

"pueblo de la tierra", despreciados por los fariseos, tenidos por ladrones y gente de mal vivir, desconocedores de la Ley, por lo cual no la cumplían y, por tanto, eran unos pecadores públicos.

La gente sencilla, que vivía al margen de la civilización, fueron los primeros en conocer y en celebrar el gran acontecimiento de la historia, los primeros que Jesús quiso tener a su lado (Lc 2,8-17). La señal que les dieron los ángeles, para que le reconocieran, fue la pobreza: "Encontraréis a un niño acostado en un pesebre" (Lc 2,13). Y sin embargo, en este niño está la riqueza de la salvación, el poder de Dios, el resplandor de su gloria. Los pastores son contados ya, como lo serán luego las prostitutas y los publicanos, entre "los pequeños" que reciben el reino con entusiasmo y alegría. ¿Y quién puede decir que el establo, donde nació, no fue el de los mismos pastores?

### **1.3. La purificación de la Virgen**

La mujer, al dar a luz, quedaba legalmente impura durante cuarenta días, si el hijo era varón, y durante ochenta días si era hembra (Lev 12,28). Cumplidos estos días, debía ir al templo para ser declarada oficialmente pura por los sacerdotes y así poder participar en las funciones religiosas.

Para ello tenía que ofrecer un cordero, pero, si era pobre, bastaba con ofrecer un par de palomas o un par de tórtolas. La Virgen presentó la ofrenda de los pobres (Lc 2,24).

El primogénito -este era el caso de Jesús: Lc 2,7- pertenecía a Yavé (Ex 13,11-16), y, por tanto, debía ser consagrado a su servicio, como también lo eran el primogénito de los animales y las primicias de las cosechas (Núm 8,17). Pero como el servicio al culto pertenecía a los levitas, el primogénito se rescataba por cinco monedas de plata. Aunque el evangelio no lo dice, José rescató al niño por esas cinco monedas entregadas a un sacerdote, algo costoso para los

pobres, pues se trataba de una cifra importante, lo que un obrero ganaba en unos veinte días.

#### 1.4. El Obrero

De los treinta años de la vida privada de Jesús en Nazaret no sabemos nada. Esto significa que su vida no se diferenciaba de la de sus paisanos. San José era un artesano, carpintero, herrero, albañil, lo que fuera, pues el vocablo griego *tekton* (en latín *faber*) tiene todas esas significaciones. Jesús tendría el mismo oficio, pues los judíos enseñaban a sus hijos un oficio que, por lo general, era el suyo propio.

Jesús, pues, se ganaba de comer con su trabajo. Tradicionalmente se ha venido diciendo que era carpintero, hoy se habla de que pudiera haber sido un obrero de la construcción, empleado en la ciudad de Séforis, a unos cinco kilómetros de Nazaret, que, a la sazón, se estaba construyendo por orden y para el engrandecimiento de Roma.

Jesús cumplía así con el primer mandato que Dios impuso al hombre antes del primer pecado (Gn 1,26-28) y que, después del pecado, adquiere un carácter de castigo (Gn 3,19): el trabajo como única fuente de subsistencia, del que sólo están excluidos los menores, los ancianos y los discapacitados. El vivir de la herencia, sin hacer nada, y la holgazanería son un pecado público.

Jesucristo perteneció a la clase social de los pobres, de los humildes de su tiempo. No se avergonzó de ello, antes al contrario, se gloriaba de ello: "Yo soy manso y humilde", acogedor de cuantos están "rendidos y agobiados" (Mt 11,28'-29). Fue un pobre, pero no un pordiosero. Ni fue, ni podía serlo, pues vivir de limosna no entra en los planes de Dios, algo que es fruto, unas veces -la mayoría- de la injusticia y otras de la vagancia, cosas estas incompatibles con el evangelio que él predicaba.

## **1.5. El apóstol**

Jesucristo, al enviar a sus discípulos a predicar la Buena Noticia, "les ordenó que no llevaran nada para el camino: ni pan, ni alforjas, ni dinero" (Mc 6,8). La misión lleva la fuerza de la palabra, no la del dinero.

Así vivía él, pobremente. Al comenzar su vida pública, deja su casa y su oficio, y se dedica plenamente a predicar el evangelio. Desde este momento se automargina. Establece su cuartel general en Cafarnaún (Mt 4,13), en la casa de Pedro (Mc 1,29;2,1), pero cuando se distancia de allí, no tiene casa propia donde vivir (Mt 8,20; Lc 9, 58). Se encuentra a merced de la hospitalidad, de la acogida (Lc 10,58), de la ayuda generosa de sus discípulos y discípulas (Lc 8,1-3), aunque a veces fue rechazado y no le dieron alojamiento (Lc 9,52-53). Cuando tuvo que pagar el impuesto del templo, no tenía dinero (Mt 27,17), lo que indica que no acaparaba dinero, que vivía al día, que practicaba el Padrenuestro, su oración, la oración que enseñó a sus discípulos, en la que se pide al pan sólo para hoy, mañana Dios dirá.

## **1.6. El crucificado**

Jesucristo, "siendo rico, se hizo pobre por nosotros" (2 Cor 8,9). Esta frase es una de las más profundas de la cristología paulina que encuentra su desarrollo ulterior en el himno cristológico de Flp 2, 6-8):

"Jesucristo, teniendo condición divina, no consideró como codiciado tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó tomando la condición de esclavo, haciéndose igual a los hombres, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz"

Por amor a los hombres, dio un salto en el vacío, hacia la

nada. Se hizo hombre y se situó en la pobreza, no quiso disfrutar del bienestar, de los placeres y de la felicidad que se puede alcanzar en esta vida. No se dejó llevar por el deseo de las riquezas. Vivió la pobreza hasta el final en grado sumo y de una manera heroica. Murió despojado de todo (Jn 19,23-24; Mt 27,35). Nació fuera de la ciudad y fuera de la ciudad murió, en la marginación y en la más espantosa soledad, abandonado hasta de su propio padre (Mt 27,46), recitando el salmo de los pobres (Sal 22), solos y abandonados casi siempre.

Dejó en herencia únicamente la ropa que llevaba encima y que se repartieron por suertes los cuatro verdugos que le ajusticiaron (Jn 19, 23-24). Fue puesto en un sepulcro prestado (Mt 27,60). No pudo rebajarse más, pues la muerte en cruz era la más ignominiosa, reservada por los romanos para los esclavos y los extranjeros.

Murió joven, murió antes de tiempo, como eso setenta mil seres humanos, a los que condenamos a morir de hambre cada día los que estamos hartos de comer.

Con su opción por los pobres se complicó la vida, Por tocar a un leproso para curarlo (Mc 1,40-45) quedó contaminado de impureza legal, por lo que no podía andar en sociedad, en las ciudades, sino en lugares despoblados y solitarios, como tenían que andar los leprosos, unos muertos sociales (Lev 13,16). Le echaron fuera de la ciudad (Lc 4,29). A veces vivió como un prófugo, para escapar de Herodes que le perseguía a muerte (Lc 13,31). En otra ocasión, al enterarse de la decapitación del Bautista, se retiró a un lugar tranquilo para estar a solas (Mt 14,13). El Sanedrín tomó la decisión de darle muerte. Se retiró, con sus discípulos a un pueblo llamado Efraín, muy cerca del desierto (Jn 11,53-54), por lo que fue declarado como un prófugo delincuente en busca y captura (Jn 11,57).

Fue condenado por blasfemo, por hacerse igual a Dios. Con sus obras y con sus palabras fue construyendo y

anunciando su muerte cruel. Quebrantaba la sacralidad del sábadó, decía que el sábadó estaba para servir al hombre, no para hacerle su esclavo. Ridiculizaba las prescripciones ritualistas de los fariseos. Decía que la persona humana estaba por encima del templo; que para adorar a Dios, no hacía falta ir al templo. Fue un subversivo religioso, por lo que ganó la animadversión de los fariseos y de los Sumos Sacerdotes.

Fue condenado también por revolucionario. Denunció la tiranía de los dirigentes políticos. Al rey Herodes, que se creía que era algo, le dice que era un zorro, es decir, un "don nadie". Se juntaba con los pecadores públicos, los publicanos, las prostitutas, los ignorantes. Defendía los derechos de los débiles. Fue también un subversivo social. Con todo esto, se elaboró su propia condena, Murió por todos, pero especialmente por los pobres, y por un futuro en el que ya no haya pobres.

## **2.- JESÚS OPTÓ POR LOS POBRES**

### **2.1. Amigo de los pobres**

Jesús hizo una opción de clase, se alistó en las filas de los pobres y de los excluidos, y dio de lado a la burguesía y a la aristocracia: los fariseos, los dirigentes del pueblo, los Sumos Sacerdotes. Los pobres fueron sus preferidos: la gente sencilla, los ignorantes, los que no sabía nada de teología.

Los pobres optaron también por él. Encontraron en él alguien que los quería y que los situaba en la primera línea de los colectivos sociales. Y así le vemos rodeado de mendigos, enfermos, desafortunados e infelices, "desechados del mundo y elegidos de Dios" (Luis Vives). El los busca y, a la vez, es buscado por ellos.

Por eso los instalados y la gente piadosa decían de él que andaba en malas compañías, gente de mal vivir (Mt 9,13; Le

5,2), los apestados, con los que nadie quiere andar, pues sería un desdoro juntarse con ellos. Ellos fueron sus amigos, constituyó a su alrededor una comunidad de pobres.

## **2.2. Defensor de los pobres**

Esa era la misión que le habían asignado los profetas: "Evangelizar a los pobres, liberar a los oprimidos" (Is 61,1-2). Estas mismas palabras fueron el corazón de su discurso programático, al comienzo de su vida pública, en la sinagoga de Nazaret:

"Llegó a Nazaret, donde se había criado. El sábado entró, según costumbre, en la sinagoga y se levantó a leer. Le entregaron el libro del profeta Isaías, desenrolló el volumen y encontró el pasaje en que está escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor". Enrolló el libro, se lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó; todos tenían sus ojos clavados en él, Y el comenzó a decirles: "Hoy se cumple ante vosotros esta escritura"(Lc 4,16-21).

Esa era la señal de que el Mesías ya había llegado y de que no había que esperar a otro:

"Decid a Juan lo que habéis visto: Los ciegos ven, los leprosos quedan limpios, se anuncia el evangelio a los pobres" (Lc 7,22-23)

Jesús ha sido ungido, es decir ha sido destinado, a evangelizar a los pobres con el poder de Dios. Por eso, aunque el evangelio es de todos y para todos, lo es, de manera especial, de los pobres, sus primeros destinatarios.

Por pobres hay que entender los pobres sociales, los que sufren múltiples carencias, económicas y culturales; los que

pasan hambre, los marginados, los excluidos; los pobres de capacidad, los que por ellos mismos no pueden salir del estado de necesidad en que se encuentran.

Este texto bíblico, que Jesucristo pone en la cabecera de su programa, nos obliga a hacer una lectura de la Biblia en clave de liberación integral del hombre, liberación del pecado en sus múltiples manifestaciones, de las esclavitudes sociales, políticas y religiosas. He ahí un postulado fundamental de "la teología de la liberación (que) ha sido en la Iglesia del postconcilio un grito profético en favor de tantos oprimidos por el peso de las estructuras políticas, culturales, sociales y económicas" (La Iglesia y los Pobres, CEPS 143).

Redención, salvación y liberación son tres palabras que en la Biblia, incluso en su significado gramatical, vienen a decir lo mismo. Jesucristo nos redime (Lc 1,68; Heb 9,12), nos salva (Lc 1,69; 2,11; He 4,12; Tit 3,5), nos libera, nos perdona, nos reconcilia con Dios (He 5,31;10,43; Ef 1,7).

Pobres son los presos: "Entre los pobres no hay nadie ni más triste ni más pobre, que el preso y encarcelado" (B. de Sandoval). Han perdido la libertad, la dignidad de la persona: "Si tollis libertatem, tollis dignitatem".

Los presos estaban reclusos en lúgubres estancias, en cavernas oscuras. Aunque podían ver, estaban ciegos, les faltaba la luz. La doctrina cristiana pretende, entre otras cosas, acabar con todas las cárceles, a las cuales sólo suelen ir los pobres, y en las que un rico es la excepción. He aquí estos versos escritos en una celda carcelaria:

"En este sitio maldito,  
donde reina la tristeza,  
no se castiga el delito,  
se castiga la pobreza".

La justicia de la ley se aplica, con demasiada frecuencia, de manera injusta, en favor de los poderosos y en menoscabo de los débiles. La pena de privación de libertad se dicta en el

palacio de justicia, edificio situado en las partes nobles de la ciudad, y se cumple fuera de ella, en lejanas macrocárceles, como si fueran basureros donde se recluyen, como apestandos, los excluidos de la sociedad.

La cárcel es una institución antievangélica, la negación de los valores fundamentales del evangelio: la solidaridad, el amor, la libertad, la misericordia, y el perdón. En ella no se pueden cumplir muchos e importantes derechos humanos, aparte del derecho a la libertad.

Que la sociedad tiene el derecho y el deber de defenderse de los delincuentes y de imponerles una corrección, es evidente. La cuestión está en que si ese derecho le da, a su vez, el derecho a quitarles la libertad tal y como realmente se hace, con todos los condicionamientos que lleva consigo la cárcel, la cual, en lugar de disuadir, reafirma en el delito; en lugar de reformar, deforma; en lugar de reinsertar, desocializa. Es decir, consigue todo lo contrario de lo que pretende. Ni siquiera puede garantizar a los presos el derecho a no salir peor que entran. El encarcelamiento, como pena generalizada para todos los delitos, es un sin sentido y, con frecuencia, una injusticia. Hay que aplicar otros correctivos más humanos y eficaces.

Pobres son los oprimidos y los explotados, los indefensos, las víctimas del dinero y del poder, los condenados a vivir en la miseria y en la desesperanza.

La evangelización de Jesús está en función y al servicio de los pobres, incluso cuando se dirige a los ricos. Y así tenemos que su encuentro con Zaqueo conlleva que este dé la mitad de sus bienes a los pobres y que, con la otra mitad, devuelva al que defraudó cuatro veces más que lo que defraudó (Lc 19,1-10).

Estos textos pertenecen al evangelio de Lucas, el evangelio por excelencia de los pobres y de la condena de todas las riquezas diferenciadoras que son siempre injustas (Lc 6,11).

Jesucristo fue defensor de las causas perdidas. Se atrevió a dedicar su vida a la causa de los pecadores, lo que originó un gran escándalo en los fariseos, los cuales no pudieron soportar que los pusiera en la primera línea de la opinión pública. Una razón más para quitarle del medio.

### **2.3. Servidor de los pobres**

Jesucristo vino a servir y no a ser servido. Se hizo el esclavo de todos (Jn 13,16-17) y dio la vida por todos (Mt 20,28).

Los dirigentes se hacen unos tiranos y encima se hacen llamar unos bienhechores (Lc 22,26). Y es que el poder es cosa del Diablo (Mt 4,9). Corrompe, de manera absoluta, al que ejerce el mando como dueño y señor de los mandados y no como su servidor.

En la Iglesia no debe ser así. Los que mandan son los que sirven (Lc 22,27), y los primeros son los últimos. La ley constituyente de la Iglesia está en el lavatorio de los pies, el servicio (Jn 13,1-15). Jesucristo lava los pies a sus discípulos, hace el oficio de los esclavos, y luego dice a sus discípulos que, como "maestro", les ha dado la última lección, y, como "señor", les manda que ellos hagan lo mismo. Por eso, el Papa se llama y es el esclavo de los esclavos, y, como es el primero, es el último, el esclavo de todos, y así sucesivamente en el organigrama de la Iglesia.

La parábola de la oveja perdida pone de relieve el interés de Jesucristo por los más débiles, los que, por sí mismos, no pueden salir de la postración en que se encuentran, al igual que la oveja, la más necesitada del rebaño, la que, por sí sola, no puede volver al redil (Lc 15,1-7). Con esta parábola "el Buen Pastor prueba cómo estima en más el alma de los humildes" (J. Maldonado).

## 2.4. Bienaventurados los pobres

Quizá sea en las bienaventuranzas donde más resalta el carácter social del evangelio. Es sabido que Lucas pone en boca de Jesucristo cuatro bienaventuranzas y cuatro malaventuranzas (Lc 6,20-26) y que Mateo pone ocho bienaventuranzas y ninguna malaventuranza (Mt 5, 3-11). Parece que el original está en Lucas y así sonarían hoy:

Benditos los pobres... Malditos los ricos  
Benditos los hambrientos... Malditos los hartos  
Benditos los oprimidos... Malditos los opresores  
Benditos los marginados... Malditos los aclamados, los instalados, los famosos.

Estamos, por tanto, ante unas clases sociales contrapuestas: los pobres se contraponen a los ricos; los que pasan hambre a los que están hartos; los oprimidos a los opresores; los marginados, los excluidos, los ningunos, a los instalados, los famosos, los aplaudidos, los que son todo y todo lo pueden.

La diferencia entre ambos evangelistas es notable. Fijémonos sólo en la primera bienaventuranza:

“Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios” (Lucas).

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo)

En ambas formulaciones se dice que el reino es de los pobres, pero no "únicamente" de los pobres, sino preferentemente de ellos. Su carnet de pobreza les garantiza la entrada en el reino como ciudadanos de primera.

¿Cómo armonizar estas diferencias?

a) Está claro que en Lucas se refiere a la pobreza efectiva, los pobres sin más, los pobres sociales:

"Para mí es indiscutible que se trata de los verdaderos pobres, porque el nombre griego, que usa el evangelista, significa pobres, y algo más, *mendigos*, que es como Tertuliano juzga que se debía traducir (J. Maldonado).

Esto se corrobora teniendo en cuenta la malaventuranza correspondiente. Los ricos y los pobres están abiertamente confrontados. Los pobres no tienen ahora la consolación que tienen los ricos, porque pasan hambre:

"Ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestra consolación" (Lc 6,24).

b) ¿Qué conlleva ser pobres de espíritu? ¿Quiere esto decir que se habla de una pobreza afectiva, con la cual se puede ser pobre, aunque se sea rico en bienes terrenos? No. La pobreza afectiva con riquezas efectivas no entra en las bienaventuranzas. Se trata siempre de pobreza efectiva.

"San Basilio interpreta "pobres de espíritu" por "pobres por el espíritu" y este tal es el que vende todo lo que tiene y lo da a los pobres para seguir pobre y desnudo a Jesucristo, desnudo y pobre" (J. Maldonado).

Pobre de espíritu es el que tiene su corazón puesto en el pobre y por amor a él y por amor a Jesucristo se despoja de lo que tiene, se lo da a los pobres y se hace voluntariamente pobre. Sin pobreza efectiva, no hay pobreza afectiva.

He aquí las actitudes del pobre bíblico:

1.- *Ante Dios*. Sólo en él confía, sólo en él se apoya, a él se entrega, de él lo espera todo.

2.- *Ante sí mismo*. Tiene clara conciencia de su incapacidad, de sus limitaciones, de su nada.

3.- *Ante los demás*. El valor supremo para él es la fraternidad, el servicio, la disponibilidad. Dentro de su pobreza, ejerce la mayor generosidad posible. Lucha contra la miseria,

contra las injusticias y contra la resignada aceptación de las desigualdades sociales.

## **2.5.- El derecho a no ser pobre**

Los pobres son bienaventurados, porque con el evangelio, con la proclamación del reino de Dios, es decir, el reinado de la justicia, de la libertad, de la fraternidad y de la paz, ha llegado la hora de su liberación.

Los pobres tienen derecho a dejar de ser pobres y los ricos tienen el deber de dejar de ser ricos, y todos tenemos la obligación de comprometernos con que unos y otros dejen de ser lo que son para que se establezca la igualdad.

La pobreza es un mal que Dios no quiere, Jesucristo fue pobre, pero no hizo de la pobreza el ideal de la perfección cristiana. El ideal del evangelio es el amor fraterno, sin el cual todo se reduce a la nada.

Jesucristo se hizo pobre por amor a los pobres. La cosa no está en hacerse un miserable, él no lo fue, sino en luchar para que desaparezca la pobreza. Las bienaventuranzas hay que leerlas también así: Adelante los pobres..., adelante los que pasan hambre...adelante para acabar con las causas de todas las pobrezas, cosa que Jesucristo nos dejó encomendado: terminar con todas las injusticias. Cuando un mendigo está con la mano extendida, no sólo pide limosna, pide justicia, pide lo que le pertenece. Esto es lo que dice Luis Vives en el "Tratado del socorro de los pobres":

"No es agradable a Dios la limosna de lo que ha quitado y tiene el rico del sudor y hacienda del pobre...No atribuyamos gloria alguna porque demos algo, pues no lo damos de nuestros bienes, sino que devolvemos a Dios lo que es suyo".

## 2.6.- Los ricos

Mientras exista tanta pobreza en el mundo, la acumulación de riquezas no tiene justificación alguna y la expresión de cristiano rico es un contrasentido y un antitestimonio, y sobre una persona así, esto es lo que dice Santiago:

“Vosotros, los ricos, llorad con fuertes gemidos por las desventuras que van a sobrevenirnos. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos se han apolillado. Habéis vivido en la tierra en delicias y placeres y habéis engordado para el día de la matanza” (Sant 5,1-2.5).

Estas palabras son el eco vibrante de la primera malaventuranza:

"Ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestra consolación (Lc 6,24)

Lo son también de estas otras palabras de Jesucristo:

“Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios" (Lc 18,24-25).

En esta misma línea se pronuncia Juan:

"Si alguno tiene bienes de este mundo, ve a un hermano en la necesidad y le cierra las entrañas, ¿cómo puede estar en él el amor de Dios?" (1 Jn 3,17).

Por muchas matizaciones que se hagan de estos textos, está bien claro que las riquezas diferenciadoras constituyen una grave dificultad para ser ciudadano del reino de Dios, pues ahogan la Palabra de Dios, la secan, la dejan improductiva (Lc 8,14).

Una sociedad, en la que hay criados y señores, pobres y ricos, opresores y oprimidos, no puede llamarse cristiana. Ser rico, a costa de los pobres, es una crueldad, es el antievanglio.

Si a los pobres se los llama bienaventurados, no es para que acepten resignadamente y sin rechistar la pobreza y la opresión. Jesucristo no pudo predicar esa resignación, porque eso sería predicar el fatalismo y la pasividad ante la injusticia, algo que un cristiano no puede admitir.

Y si a los ricos se los llama malaventurados, no es porque se trate de la revancha, en la que ellos van a ocupar el puesto de los pobres y estos la suya, aunque el cántico del Magnificat parece estar de acuerdo con esta idea:

"A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Lc 1,53)

Esto mismo es lo que dice el salmista:

"Cuando el pobre grita, Dios le escucha y le libra de todas sus angustias...

Los ricos caen en la pobreza y pasan hambre" (Sal 34,7.11)

El evangelio tiene que terminar con tanta desigualdad. Que los de abajo suban y los de arriba bajen (Is 40,4).

Se trata de que el rico Epulón sea capaz de hacer partícipe de su mesa al pobre Lázaro, al que ni siquiera permite coger las migajas que caen al suelo (Lc 16,19-31). Si el Epulón se condena, no es porque comiera o dejara de comer - de eso no se dice nada-, sino por su insolidaridad con el pobre Lázaro, el cual se salva simplemente por ser pobre, pues nada se dice de que fuera o dejara de ser bueno. Se ha dicho que esta parábola debería llamarse la "parábola de los seis hermanos", es decir, de aquellos a los que el amor a las riquezas les ha secado el corazón. En esta parábola, los fariseos, "amigos del dinero", se vieron retratados (Lc 16,14) y no tomaron la cosa en serio, sino que se burlaban de él. Y es que la parábola no

habla de la posibilidad de condenarse y de salvarse, sino de hechos consumados: el rico se condena y el pobre se salva, sin más.

Estas son las actitudes del rico desaprobadas por el evangelio:

1.- *Ante Dios*. Desprecia a Dios. Ante el dinero y ante Dios ha elegido el dinero. El dinero, mammon, es una especie de "divinidad demoniaca", el poder más fuerte contra Dios. Dios y el dinero son incompatibles. Si se elige a uno es a costa de despreciar al otro. La cosa no puede ser más radical (Mt 6,24; Lc 16,11.13). El dinero incapacita para seguir a Jesucristo (Mt 13,22; 15,22; Lc 2,15-21). Papini decía que el dinero es el estiércol de Satanás.

2.- *Ante sí mismo*. El rico está hundido en el egoísmo, en el hedonismo, en el amor propio. La parábola del rico insensato "come, bebe, disfruta, pásalo bien" (Lc 12,16-21) demuestra el egoísmo insensato del rico, orgulloso y soberbio (1 Tim 6,17-18).

3.- *Ante los demás*. Es insolidario con la indigencia ajena. Pasa insolentemente de los pobres. Si se ha hecho rico ha sido por su falta de amor a los demás, se ha hecho rico a costa de la miseria de los otros.

4.- *Ante el dinero*. Su único afán es amontonar riquezas (Mt 6,19). Es avaricioso, nunca se harta de dinero (Qo 5,9; Si 11,18).

## **2.7.- Un pobre, cualquier pobre es Jesucristo.**

Jesucristo se identificó tanto con los pobres que hizo de ellos como un sacramento, un lugar teológico:

"Tuve hambre y me disteis de comer..., tuve hambre y no me disteis de comer" (Mt 25,35.42).

Estas palabras constituyen el fundamento de hecho y de

derecho de la sentencia final absolutoria o condenatoria para todos los seres humanos. Los condenados lo serán, no por lo que hicieron, sino por lo que dejaron de hacer.

Jesucristo se ha ido, pero se ha quedado. Así nos lo dijo, al final de su vida. El se iba y, por tanto, ya no era posible la relación "vis a vis" con él. En adelante, para estar con él, hay que estar con los pobres:

"A los pobres debéis tenerlos siempre con vosotros" (Jn 12,8).

Esa es la traducción que, en equivalencia dinámica, hay que hacer del texto. Pero, aunque el texto transcribiera el del Dt 15,11, en el sentido literal de que "nunca faltarán pobres en la tierra", dada la insolidaridad humana, no por eso habría que admitir la pobreza, como algo inevitable e incluso querido (o permitido) por Dios, pues Jesucristo también dijo: "Es inevitable que haya escándalos" pero añadió: "Ay de aquel por el que venga el escándalo" (Mt 18,7). Y en ese caso habría que decir; siempre habrá pobres, pero "¡ay de aquel que sea causa de la pobreza!"

## **2.8.- El culto**

Con Jesucristo nos encontramos también en el culto y muy especialmente en la celebración de la Santa Misa, en la que lo primero es la celebración de la Palabra, y la Palabra es Cristo, pues toda la Biblia tiene su punto culminante en él. Y luego en la celebración de la Eucaristía, donde se hace igualmente presente en el pan consagrado.

La Biblia y la Eucaristía se necesitan y complementan:

"Sin la Eucaristía tenemos en la Biblia las palabras de un ausente, y, sin la Biblia, tenemos en la Eucaristía una presencia muda" (S. Auzou).

La celebración de la Misa debe producir el servicio a los pobres para no caer en la esterilidad. Los pobres, que nos encontramos en las puertas de nuestros templos nos recuerdan que la celebración de la Misa nos obliga a compartir nuestros bienes con ellos.

Jesucristo dijo: "Esto es mi cuerpo" (Mt 26,26) y también: "Tuve hambre y me disteis de comer" (Mt 25,26). Si nos creemos lo primero y no nos creemos lo segundo, somos cristianos a medias.

"Jesús nos dejó como dos sacramentos de su persona: uno sacramental: la Eucaristía, y el otro existencial: en los marginados..., en los enfermos..., en los hambrientos" (La Iglesia y los pobres, CEPS 22).

Celebrar la Eucaristía por un conjunto de personas, unas que están hartas y otras que pasan hambre, es cualquier cosa, menos celebrar la cena del Señor:

"Cuando os reunís en común, eso ya no es comer la cena del Señor. Porque, cada cual se adelanta a comer su propia cena. Y mientras unos pasan hambre, otros se emborrachan" (1 Cor 11,20-22).

Y así tenemos que "el pan de vida", si no se comparte el pan común, se convierte en "pan de muerte". "Partir el pan" (celebrar la eucaristía) y compartir la mesa (la acción caritativa) son dos cosas indisolublemente unidas. En la celebración de la Misa realizamos tres comuniones: comunión con la Palabra (normativa de nuestra conducta), comunión con el cuerpo de Cristo (alimento de nuestra vida) y comunión con los hermanos (la comunicación de bienes), de una manera especial con los pobres, en los que reside el culto que le agrada ofrecido por cuantos practican la caridad.

"No os olvidéis de hacer el bien y de compartir vuestros bienes con los demás, pues estos son los sacrificios que

agradan a Dios (Heb 13,16)

Practicar con largueza la caridad produce "acción de gracias" -eujaristía-, es un "servicio sagrado", que no sólo remedia las necesidades de los hermanos, sino que redundan en "muchas acciones de gracias" (2 Cor 9,11-12). De modo que entre la "acción caritativa" y la "acción de gracias" se da una fecunda y creciente interrelación.

"Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común, vendían las posesiones y haciendas y lo distribuían entre todos según las necesidades de cada uno. Todos los días acudían juntos al templo, partían el pan, comían juntos con sencillez y alegría" (He 2,44-46).

"No había entre ellos ningún indigente" (He 4,34).

He ahí el ideal utópico del evangelio: Cada cual aporta según sus posibilidades y cada cual recibe según sus necesidades.

## **2.9. Jesucristo no excluye a nadie**

El evangelio se dirige a todos, pero se decanta en favor de los pobres. Por eso para ellos es una "buena noticia", porque les anuncia el fin de la pobreza. Mas para que los pobres dejen de ser pobres, los ricos tienen que dejar de ser ricos. En este sentido, el evangelio es una "mala noticia" para los ricos, aunque también para ellos es una buena noticia, pues si para los pobres supone la liberación de su pobreza, para ellos es la liberación de su riqueza, que, como hemos visto, constituye un grave obstáculo para entrar en el reino de Dios. Y lo importante no es considerarse miembro de la Iglesia, porque se reza y porque se practican sus mandamientos, sino ser ciudadano del reino, porque se practican los mandamientos de la ley de Dios y el mandamiento nuevo.

Cuando decimos Iglesia nos referimos a toda la

comunidad de creyentes en Cristo, no sólo al 2% que constituye el estamento clerical, sino también al 98% del laicado que la integra, aunque, a veces, se ponga el énfasis en los primeros, por ser más grande su responsabilidad en el funcionamiento y desarrollo de la misma .

### III.- LA IGLESIA Y LOS POBRES

#### I.- Una Iglesia pobre

Jesucristo, al situarse, desde su nacimiento hasta su muerte, en la pobreza y en la marginalidad, indicaba que ese era el espacio donde debe situarse su Iglesia.

"Como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es llamada a seguir ese camino para anunciar a los hombres el fruto de la salvación"(LG 8).

Desde el camino de la riqueza no es posible anunciar la salvación. La riqueza ahoga la Palabra, la asfixia, la seca. Una Iglesia rica está incapacitada para evangelizar a los pobres. El carnet de identidad de la Iglesia es la pobreza, el constitutivo esencial de su ser y de su actuar. Una Iglesia, además, que no sea pobre, no es creíble, no tiene fuerza para hacer cambiar las estructuras sociales y políticas de pecado. Más que un signo, engendrador de fe, es un antisigno que, en lugar de acercar, aleja más a los que ya están alejados.

Jesucristo no eligió para fundamentos de su Iglesia a ricos, poderosos y sabios.

"Considerad, hermanos, vuestro grupo de llamados: no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los sabios; lo débil para humillar a los fuertes; lo vil, lo despreciable, lo que es nada, para humillar a los que son algo" (1 Cor 1,26-28).

Creó el mayor movimiento liberador de la historia integrado por pobres y marginados, pero "ricos en la fe y herederos del reino"(Sant 2,5). Los primeros evangelizados y los primeros evangelizadores fueron pobres, lo han sido también, por lo general, a lo largo de la historia, y lo tendrán que ser siempre: "No llevéis oro ni plata ni dinero" (Mt 10,9).

Los apóstoles, desde su pobreza, son maestros cualificados del magisterio eclesiástico. Los que quieran seguir a Jesucristo, con todas sus consecuencias, tienen que renunciar a todo lo que tienen (Lc 14,33), vender sus bienes y darlo a los pobres (Lc 18,22). Estos textos, tan radicales, no pueden ser interpretados literalmente. Significan que los seguidores de Jesús tienen que plantearse un proyecto de vida frente a los bienes de este mundo: ser señores del dinero y nunca esclavos y compartirlo todo.

Jesús evangelizaba sin pedir nada, pero aceptando la generosidad de cuantos le acogían (Jn 12,2) y de cuantos le asistían con sus bienes (Lc 8,3). El ruido del dinero suena mal en la evangelización y en lo religioso y peor aún en el culto sagrado.

En tiempos de Jesucristo, los escribas, expertos en las Sagradas Escrituras y enseñantes de las mismas, eran considerados pobres (con la Palabra de Dios no hay que hacer ganancias), "tenían prohibido cobrar por su actividad". Enseñaban gratuitamente y vivían de lo que quisieran darles sus discípulos, mientras que "en las casas de los Sumos Sacerdotes reinaba un gran lujo" (J. Jeremías) , lo que no dejaba de ser un escándalo y un insulto para la masa de pobres que vivían de limosna en Jerusalén, una ciudad que entonces era "un centro de mendicidad" en torno al templo. Los escribas vivían también, con frecuencia, de un oficio que simultaneaban con la enseñanza. Así lo hacía Pablo, evangelizar gratis y vivir de un oficio (He 8,13).

He aquí unos textos del Concilio Vaticano II dirigidos a colectivos concretos y a la colectividad humana:

#### *A los sacerdotes y a los Obispos:*

"Los Presbíteros, lo mismo que los Obispos...no tengan como negocio el oficio eclesiástico, ni empleen las ganancias, que de él provengan, para aumentar la hacienda

propia...Siéntanse invitados a abrazar la pobreza voluntaria para asemejarse más a Cristo y estar más dispuestos para el ministerio sagrado...Los apóstoles manifestaron con su ejemplo que el don gratuito de Dios hay que distribuirlo gratuitamente...Eviten los Presbíteros, y también los Obispos, todo aquello que de algún modo pudiera alejar a los pobres" (PO 17)."Los Obispos consagren cuidado especial a los pobres, a quienes los envió el Señor para darles la buena nueva" (Ch D 13)."Si es cierto que los Presbíteros se deben a todos, de modo particular, sin embargo, se deben a los pobres y a los más débiles, con quienes el Señor mismo se muestra unido y cuya evangelización se da como signo de la obra mesiánica" (PO 6).

### *A los Religiosos:*

"Es menester que los Religiosos sean pobres en la realidad y en el espíritu ... "Esfuércense en dar testimonio colectivo de pobreza y contribuyan gustosamente con sus bienes al sustento de los pobres" (PCh 13).

### *A los Cristianos:*

"Los cristianos estén todos atentos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica les impida la prosecución de la caridad" (LG 42).

### *A todo el mundo:*

"La mayor parte del mundo sufre todavía una tan extrema pobreza, que con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para solicitar la caridad de sus discípulos...Que no sirva de escándalo a la humanidad el que algunas naciones, cuya población en su mayoría es cristiana, disfruten de la opulencia, mientras otras se ven privadas de lo necesario para la vida...Es deber del pueblo de Dios, y los primeros los Obispos con su palabra y ejemplo, el socorrer, en la medida de sus fuerzas, las miserias de nuestro tiempo y hacerlo, como era antes costumbre en la Iglesia, no

sólo con los bienes superfluos, sino también con los necesarios" (GS 88).

## **2.- Una Iglesia para los pobres**

Jesucristo, que fue pobre y optó por los pobres, es el modelo imprescindible y único, para la Iglesia. El documento de la CEPS, "La Iglesia y los pobres", que en su día causó un fuerte impacto y que parece que se ha enterrado en el baúl de los recuerdos, mejor dicho, del olvido, ha proclamado cuanto a este respecto se puede decir. Estos son algunos pasajes:

"La misión de la Iglesia es ser la Iglesia de los pobres, en un doble sentido, el de una Iglesia pobre y una Iglesia para los pobres" (Nº 54)

Esto no significa que sólo los pobres pueden ser miembros de la Iglesia -la salvación es universal y en ella hay cabida para todos los hombres de buena voluntad- sino que la Iglesia, y la Iglesia somos todos los que a ella pertenecemos, tiene que identificarse con ellos. Pero si la Iglesia es de los pobres, los pobres tienen derecho a que sea de verdad suya, es decir, que ellos sean los preferidos de todos.

La nueva evangelización no puede ser otra cosa que la de siempre, la que llevó a cabo Jesucristo, que tiene, como acción prioritaria, evangelizar a los pobres, la primera y la más importante acción que realiza, y en la que revela su propia identidad:

"El mundo, al que debe servir la Iglesia, es preferentemente, el mundo de los pobres"( Nº 10).

En estos momentos, cuando hay pueblos enteros hundidos en la miseria; cuando el 15% de la población humana posee el 85% de la riqueza mundial; cuando la fortuna de las tres personas más ricas supone la producción anual de los 48

países más pobres; cuando las 225 personas más ricas poseen tanto como los dos mil quinientos millones más pobres; cuando aún, en los países desarrollados, casi un tercio de la población son pobres; cuando la globalización económica hace que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres, más pobres; cuando la riqueza de la minoría es el fruto de la pobreza de la mayoría, de tal modo que los pobres son unos "empobrecidos" y unos explotados, las palabras de los Obispos son una llamada muy seria de atención a la Iglesia:

"El ser y el actuar de la Iglesia se juega en el mundo de la pobreza y del dolor" (No 10),  
de forma que la convivencia con los pobres es decisiva para ella" (No 16).

Es tan decisiva que no se puede estar con Cristo, si no se está con los pobres, y si no se está con los pobres, se está, en realidad, con los ricos.

"Los pobres son sacramento de Cristo" (Nº 1)

Es bien sabido que la teología se hace a partir de los lugares teológicos (La Sagrada Escritura, la Tradición, los Santos Padres, los Concilios, el Magisterio de la Iglesia...). El primero de todos es la Sagrada Escritura y una idea vertebradora de la misma son la pobreza y los pobres.

"La misión fundamental de la Iglesia hacia los pobres supone una permanente conversión, volcarnos, vaciarnos, todos juntos, hacia el lugar teológico de los pobres, donde nos espera Cristo para darnos todo aquello que necesitamos para ser verdaderamente su Iglesia santa de los pobres y para los pobres. De aquí la necesidad de conocer, vivir y compartir el mundo de los pobres"(Nº 28).

La Iglesia, por tanto, tiene que hacer estas tres cosas:

1) *Conocer* el mundo de los pobres. A veces da la sensación de que hablamos desde otras galaxias, desde las alturas del cielo, alejados del "pueblo de la tierra", sentados en una cátedra, en la que nos expresamos en un lenguaje inaccesible a la gente sencilla. Es bien sabido que en la Biblia conocer es amar. Sólo conoce vitalmente a los pobres el que los ama y los sirve.

2) *Vivir* el mundo de los pobres. Si no se conoce en profundidad el mundo de los pobres es porque se vive en otro mundo, aunque se viva al lado de ellos y se haga algo, o mucho, por ellos. No es sólo cuestión de llevar a cabo obras asistenciales, sino de que la Iglesia viva la pobreza y la exclusión en toda su dureza, la mejor manera de ejercer con ellos la solidaridad humana. No se trata únicamente de acoger a los pobres -no hacerlo sería renegar de su misión-, sino de ir en su busca para identificarse con ellos, pues en eso consiste la evangelización.

3) *Compartir* el mundo de los pobres, es decir, vivir como viven los pobres. Eso es lo que hacen las Hijas de Teresa de Calcuta, que, aún en el mundo de los pueblos desarrollados, se van a vivir en los barrios más pobres para llevar una vida exactamente como la de sus convecinos.

La prueba de que tenemos o no tenemos fe en el evangelio de Jesús está en el uso que hagamos del dinero. No está en rezar, aunque, naturalmente hay que rezar, pues sin oración el alma está muerta.

He aquí los cinco rasgos que, según el documento de los Obispos, configuran el retrato de la pobreza evangélica (Nº 1)

1.- *“Vivir con sencillez y sobriedad”*. Sin lujos, sin

boatos, sin ostentación, como viven los pequeños, los que pasan desapercibidos por la vida, aquellos a los que Dios se revela (Mt 11,25-26).

2.- *“Compartir generosamente con los necesitados”*. Practicar la solidaridad, la acción caritativa, la limosna, el amor práctico a los pobres.

3.- *“No acumular riquezas que acaparan el corazón”*. No amontonar tesoros en la tierra, donde se echan a perder, porque la polilla y el moho los destruyen; atesorar en el cielo. Porque donde está el tesoro allí está el corazón (Mt 6,19-21)

4.- *“Trabajar por el propio sustento”*. Ganar con el trabajo el pan de cada día. Del trabajo sólo están dispensados los niños, los ancianos y los discapacitados. El que no quiera trabajar, no tiene derecho a comer. Vivir de las rentas no es evangélico.

5.- *Confiar en la providencia de Dios*. Vivir al día. No angustiarse por el mañana. Fiarse de Dios que da de comer a las aves del cielo y viste de tanta hermosura a los lirios de los campos (Mt 6,25-31).

Pero el rezar no solamente no cuesta nada, sino que es un placer. Estar hablando de amor con aquel que sabemos que nos ama es el mayor gozo del corazón humano. Y eso es rezar, como decía Santa Teresa de Jesús.

¿No es un antievangelio que entre los mismos cristianos, entre los miembros de una misma comunidad cristiana, unos pasen hambre y otros estén hartos?

### **3.- Una Iglesia Profética**

En la Iglesia hay dos elementos fundamentales, lo jerárquico y lo profético. Sin una estructura jerárquica, se rompería en mil pedazos, pero, sin el carisma de la profecía, sería una Iglesia esclerotizada y burocrática.

Por su carácter profético está llamada a ser la conciencia crítica de la sociedad, lo que la obliga estar atenta a los signos de los tiempos para hacer sobre ellos juicios de valor, es decir, para ejercer la denuncia profética de las injusticias que se dan en el mundo. Pero no para ir a remolque de los acontecimientos, sino para ir ella la primera abriendo caminos de fraternidad, de paz y de justicia.

#### **3.1. La pobreza**

Uno de esos signos más claros de nuestros días es la pobreza extrema que padecen cientos de millones de personas. Es claro que la Iglesia, por sí misma, no puede resolver ese problema, pero sí puede hacer algo muy importante, proclamar, a tiempo y a destiempo, que esa pobreza es fruto de la injusticia, pues "los pobres son pasto de los ricos" (Si 13,19). Ante esta situación, la Iglesia tiene que hacerse eco del clamor de los pobres, cosa que atañe a todos los cristianos, pero de una manera especial a los dirigentes de la Iglesia, como lo dijo el X Sínodo Ordinario de Obispos:

El Obispo es el padre y el hermano de los pobres. No debe dudar, cuando es necesario, en hacerse "portavoz de los que no tienen voz".

San Vicente de Paul decía esto:

"El servicio a los pobres ha de ser preferido a todo..., si dejáis la oración para acudir con presteza en ayuda de algún pobre, recordad que aquel servicio lo prestáis al mismo Dios".

Y el mejor servicio, que se puede hacer a los pobres, es

denunciar tantas injusticias, predicar que Dios es la justicia misma (Jer 23,6: Is 45,21-24) y que la conversión a El consiste en practicar la justicia; y no simplemente en pasar de un estado de alejamiento de las prácticas religiosas a otro de "religioso practicante", que frecuenta el culto celebrado en el templo, aunque eso también hay que hacerlo:

"Conviértete a Dios, observa el amor y la justicia" (Os 12,7). "Convertíos, pecadores, practicad la justicia" (Tob 13,8).

El compromiso cristiano no está sólo en dar, en compartir, sino también en luchar contra las causas de la pobreza. Dios no quiere, no puede querer que haya gente que se muere de hambre. Hoy es posible acabar con la pobreza en el mundo, sólo hace falta la voluntad práctica de los pueblos ricos.

El profeta Amós, que denunció como nadie las injusticias de su tiempo, las emigraciones forzosas, las masivas compras de esclavos, de poblaciones enteras (1, 6-9), el ansia desmesurada de riquezas, el lujo estúpido (5,15; 16,4), la opresión (3,14;4,1), dice esto:

"No busquéis a Betel... buscad al Señor"( 5,5-6).

No vayáis al templo de Betel, porque allí no encontraréis al Señor. Buscadlo en otro sitio, buscadlo en los guetos de los desplazados, de los marginados, de los pobres, de los excluidos, porque ellos son sus más cualificados representantes, en ellos le encontraréis. Al hombre, lleno de injusticias, las prácticas religiosas le alejan más de Dios, en lugar de acercarle. Celebrar el culto desde la injusticia no es una celebración, es una profanación, aunque pueda servir para tranquilizar la conciencia y el espíritu religioso.

Juan Bautista, ante la inminencia del reino de Dios con la venida del Mesías (Mt 3,1), hace una llamada urgente a la

conversión: el que tenga dos túnicas, que dé una al que no tiene ninguna; el que tiene comida, que la reparta con el que no la tiene; los que tienen el poder, que no hagan extorsiones a nadie, es decir, que procedan en justicia, que no abusen del poder y que practiquen la acción caritativa. Lo primero, lo más importante, es buscar el reino de Dios y su justicia (Mt 6,33), pues, sin justicia, no hay conversión. Lo que salva no son los rezos, aunque hay que rezar, pues una religión, que no esté alimentada con la oración, es un cadáver. Lo que acerca a Dios es la justicia y el amor práctico al prójimo (Mt 25, 34-44), Y lo que aparta de él es la injusticia y el desamor (Mt 25,41-43).

La Iglesia no puede hacer de la Palabra de Dios una palabra muda.

"¿Qué imagen daríamos si los cristianos calláramos ante la injusta situación de tantos millones de hombres en el mundo... Para evitar ese silencio, que sería culpable y blasfemo, la Iglesia debe obrar y debe hablar" (CEPS).

Lo primero obrar y luego hablar, como hizo Jesucristo (He 1,1), pues si ella, en su propio seno y organización no practica la justicia, ¿qué fuerza puede tener para denunciar la injusticia? Si la Iglesia callara, se haría implícitamente cómplice de la injusticia, y concretamente, del robo continuado que los pueblos ricos del norte están haciendo a los del sur.

Nunca ha habido en el mundo tanta riqueza, y, al mismo tiempo, tanta pobreza. El fenómeno de una globalización, exclusivamente económica, en lugar de acortar distancias, las aumenta. Se ha llegado a decir que la globalización "es el último nombre de la historia del crimen, para referirse a la acumulación de privilegios y riquezas y la democratización de la miseria y la desesperanza".

Juan Pablo II ha denunciado, en múltiples ocasiones, "el capitalismo salvaje", fruto del neoliberalismo de los pueblos desarrollados, mayoritariamente cristianos. Y del Obispo

Casaldáliga son estas palabras:

"El liberalismo es el capitalismo de la exclusión decretado para la inmensa mayoría de la humanidad...Es un sistema excluidor y homicida, es esencialmente inicuo, es pecado, pecado mortal, porque mata, es el mayor muro que la humanidad haya levantado entre unas minorías privilegiadas y las mayoría de los excluidos".

Y si un día fue condenado el comunismo, por ateo, con tanta y mayor razón, debería ser condenado el "capitalismo salvaje" por idólatra, porque adora al dios mammón, incompatible con el Dios de Jesucristo (Mt 6,24).

### **3.2. Los derechos humanos**

El reino de Dios proclama estos cuatro principios fundamentales: *Igualdad*: Todos los seres humanos deben ser iguales, con igualdad de derechos y deberes. Nadie es superior a nadie. Todos somos hijos del mismo Padre. *Libertad*: El hombre es libre por naturaleza. Jesucristo nos ha hecho libres, para que seamos, de verdad, libres (Gal 5,1). ¿Qué libertad puede tener una persona sumida en la miseria? *Fraternidad*: todos somos hermanos. La ley suprema de la convivencia humana es el amor, el mandamiento de Jesús que comprende todos los demás mandamientos. *Justicia*: Y como base insustituible, la justicia interhumana en todos sus aspectos, como constructora de la paz y garante de los derechos fundamentales de la persona. Si falla la justicia, falla todo, pues "el reino de Dios es justicia y paz" (Rom 14,17).

Los derechos humanos, consubstanciales con la naturaleza humana, son inviolables y universales, afectan, por igual, a todos los hombres y mujeres, sin discriminación alguna. Siempre, pero hoy más que nunca, la evangelización debe centrarse en el ejercicio de esos derechos, pues en un mundo deshumanizado, evangelizar es humanizar. Y al mismo

tiempo, llevar a cabo una pastoral que ponga de relieve los valores sociales del evangelio.

Es claro que hablar hoy de los derechos humanos es hablar de los derechos de los pobres, pues desde la pobreza no es posible ejercerlos. Esto supone que los programas evangelizadores y pastorales deben estar marcados por los pobres. Ellos son los maestros cualificados que nos enseñan cada día lo que cada día habría que llevar a cabo. Pero para dirigirnos a ellos, primero hay que escucharlos, saber lo que quieren de nosotros, lo que nos piden. Hay que evangelizar, no sólo desde la cátedra del saber, sino desde el pupitre del aprendizaje, donde también se imparten enseñanzas, que hay que conocer, para que la evangelización sea la adecuada y además fecunda y no caiga en el vacío.

Las Constituciones de los pueblos civilizados, libres y democráticos recogen estos derechos, algo que la Iglesia constata y aplaude:

"La Iglesia, en virtud del evangelio, que le ha sido conferido, proclama los derechos del hombre y reconoce y estima en mucho el dinamismo de la época actual, que está promoviendo por todas partes tales derechos"(GS 41).

El 10 de diciembre de 1948 fue un día histórico con la Proclamación Universal de los Derechos Humanos, pero antes que en ningún otro sitio, esos derechos están proclamados en la Biblia, la cual debe estar considerada como la Constitución de las Constituciones, la Carta Magna de los derechos de los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios. La Iglesia encuentra en la Sagrada Escritura, a la que se debe y a la que sirve, la fuerza para cumplirlos, ella la primera, para lo cual es conveniente que progrese en su propia democratización. Encuentra también en ella la fuerza para proclamar que el fin último de la acción política es garantizar a todos los ciudadanos el libre y pleno ejercicio de sus derechos, los mismos para

todos. El ideal temporal más noble es la fraternidad y la convivencia pacífica de los individuos y de los pueblos. Esto dice Juan Pablo II:

"La paz se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre, -opus justitiae pax-, mientras que la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo graves violaciones de los mismos" (RH 7).

No hay guerra que pueda justificarse. Los conflictos no se resuelven con las armas, sino con el diálogo de personas civilizadas y fraternas.

#### **4.- La voz de los Santos Padres.**

Los Santos Padres fueron, como es sabido, grandes evangelizadores de los pobres y defensores de sus derechos. Citamos sólo unos textos significativos y comprometedores de los mismos.

El dinero, que recibe la Iglesia, no es para guardarlo, sino para repartirlo entre los pobres:

"Aquel que envió sin dinero a los apóstoles (Mt 10,9) fundó también la Iglesia sin oro. La Iglesia posee oro, no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados. Pues qué necesidad hay de reservar lo que, si se guarda, no es útil para nada? ¿No es mejor que los sacerdotes fundan el oro para sustento de los pobres?. .Acaso nos dirá el Señor: ¿Por qué habéis tolerado que tantos pobres murieran de hambre, cuando poseáis oro con el que procurar su alimento? !Mejor hubiera sido conservar los tesoros vivientes que los tesoros de metal!" (San Ambrosio PL 16,140).

¿Qué pintan en el templo metales preciosos, joyas de gran valía, con frecuencia sin valor artístico, mientras hay templos vivos que se derrumban por el abandono al que los tenemos sometidos?

Los bienes de la tierra nos pertenecen por igual a todos los seres humanos, porque así lo quiere nuestro Padre común que lo creó todo y es dueño de todo (Ex 19,5;8al 24,1).

"Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos" (GS 69)

"Todo es común y no pretendan los ricos tener más que los demás (Clemente de Alejandría, Pedagogo,11,12).

"Todo lo que es de Dios nos es común para nuestro uso. Y nadie es excluido de sus beneficios y dádivas, de modo que todos los hombres gocen de la bondad y largueza de Dios" (San Ambrosio, PL 16,146).

"Mío, tuyo, suyo, palabras funestas, no tenían ningún uso primariamente en la vida" (S. Gregorio de Nisa, Homilía VI,4)

"No digas: gasto de lo mío, disfruto de lo mío. En realidad, no es de lo tuyo, sino de lo ajeno" (S. Juan Crisóstomo, PG 61,86).

Las palabras "mío, tuyo, suyo" no figuran en el diccionario del evangelio de Jesús. Las hemos inventado nosotros desde nuestro egoísmo y nuestra insolidaridad.

"Dios no hizo rico a uno y pobre a otro, ni tomó a uno y le mostró grandes yacimientos de oro,

ya otro le privó de ese hallazgo; no, Dios puso delante de todos la misma tierra (Id. Homilía XII,3).

Nos la dio a todos como herencia común, como administradores y colonos de la misma, nunca como propietarios. Apoderarse de ella despojando a los demás es destruir los planes divinos, ir contra la voluntad de Dios.

Todo lo que nos sobra no es nuestro, es del que está necesitado de ello. La ropa y el calzado almacenado en nuestros armarios, la abundancia de alimentos que no podemos consumir y tantas otras cosas, todo eso se lo estamos robando a ellos.

"¿Es que vas a llamar ladrón al que desnuda al que está vestido y habrá que dar otro nombre al que no viste al desnudo pudiendo hacerlo? Del hambriento es el pan que tú retienes, del desnudo el abrigo que tienes guardado en tu armario; del descalzo es el calzado que se está pudriendo en tu poder; del necesitado el dinero que tienes enterrado" (San Basilio, PG 31,277).

Es sabido que el que roba para subsistir, porque no encuentra otro medio, lo hace sin causar extorsión a nadie, y siempre donde sobra, coge lo que es suyo, se está tomando por su mano la justicia que la sociedad le niega.

La riqueza diferenciante es siempre fruto de la injusticia. Nadie se hace rico, de la noche a la mañana, con un trabajo honrado no se hará nunca rico. Nadie, además, puede vivir únicamente a costa de la herencia, pues eso atenta directamente con el mandato de Dios de trabajar para vivir. (Gn 3,17-19).

"Dime: ¿de dónde te viene a ti ser rico? y ese, ¿de quién lo ha recibido? Del abuelo, dirás, del padre. ¿Y podrás, subiendo el árbol genealógico, demostrar la justicia de aquella posesión? Seguro que no podrás, sino que necesariamente su principio y su raíz han salido de la injusticia "(S. Juan Crisóstomo, PG 62,562-563).

"Todas las riquezas descienden de la injusticia y, sin que uno haya perdido, el otro no puede encontrar. Por eso me parece a mí que es verdadero aquel refrán común: el rico, o es injusto, o heredero de un injusto (San Jerónimo).

¿A qué viene ese afán de gastar tanto dinero en adornar y engalanar los templos con flores costosas, con ricos ornamentos, con brocados de seda, con vasos de oro y joyas preciosas, que pueden servir muchas veces para satisfacer una vanidad, aunque sea, también a veces, para cumplir una promesa y siempre para honrar a Jesucristo, cuando el mismo Jesucristo quiere que le honremos en los pobres, en los que nos descubre su presencia. Jesucristo no tiene necesidad de esas cosas en el templo, la tiene en los pobres, pues ellos

especialmente son el templo de Dios, aunque también lo somos todos:

"¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Cor 3,16).

Este es el verdadero templo del N.T. en contraposición al del A.T. aparte del otro templo en que se reúne el pueblo de Dios para darle culto.

"¿Deseas honrar al cuerpo de Cristo? No le desprecies, pues, cuando le contemples desnudo en los pobres, ni le honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir le abandonas ,en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: "Esto es mi cuerpo", afirmó también: "Tuve hambre y me disteis de comer"... El templo no necesita vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos. Porque si Dios acepta los dones para su templo, le agradan mucho más las ofrendas que se dan a los pobres...¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Jesucristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento... Os exhorto a que sintáis mayor preocupación por el hermano necesitado que por el adorno del templo" (S. Jerónimo PG 58,508-509).

Para concluir este apartado citamos estas palabras de Juan Pablo II que van en la misma línea de los Santos Padres:

“Ante los casos de necesidad no se debe dar preferencia a los adornos superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino. Al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quienes carecen de ello"(SRS 31).

Todo esto significa que el servicio a los pobres está absolutamente por encima de todo y que este servicio se manifiesta en un amor práctico, pues "obras son amores":

"Si alguno tiene bienes de este mundo y ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede estar en él el amor a Dios? Amémonos no de palabra y de boquilla, sino con obras y de verdad" (1 Jn 3,1-18).

Si no amamos al prójimo, al que vemos, no podemos amar a Dios al que no vemos (1 Jn 4,20).

Es claro que en el orden moral el amor a Dios es lo primero, pero en el quehacer humano lo primero es el amor al prójimo, lo que demuestra que el amor a Dios es real y no meramente teórico y abstracto que se pierde en las nubes.



## IV. VOCABULARIO BÍBLICO

El pobre se designa en la Biblia con diversos vocablos, cada uno de los cuales ofrece un colorido especial; entre todos nos ofrecen el retrato exacto del pobre bíblico. Encontramos cinco vocablos del A.T. y cinco del N.T. referidos al pobre.

### A.- ANTIGUO TESTAMENTO

**RASH:** El pobre, el necesitado

El vocablo tiene una significación puramente social. Se refiere siempre al necesitado, al indigente, en oposición al afortunado en bienes de la tierra. El *Rash*, con frecuencia víctima de los ricos (2 Sam 12,1-4), dominado por ellos (Prov 22,7), perversos y opresores suyos (Prov 28,3; Qo 5,7), es odiado y despreciado hasta por los más cercanos (Prov 14, 20), pero Dios le bendice (Prov 13,23), hasta el punto de identificarse con él: el que se ríe de él se ríe de su Creador (Prov 17, 5) y el que le socorre, socorre al mismo Dios (Prov 19,17)

Hay obligación de defenderle y de hacerle justicia (Sal 82, 3), de ejercer con él la acción caritativa, cosa que Dios agradece y paga al contado (Prov 28,27).

Las virtudes del *rash* son patentes, frente a los vicios y a la insolencia de los ricos: "El pobre habla suplicando (como pidiendo permiso para hablar) y el rico responde con dureza" (Prov 18, 23; 19, 1; 19, 22). Se le valora tanto, que hasta se le pone por encima del rey: "Más vale un muchacho pobre que un rey viejo y necio" (Qo 4, 14), con lo que se proclama implícitamente la bondad y la sabiduría del pobre y la estulticia del rey.

Pero no todo es siempre virtud en el pobre, pues su pobreza ha sido, a veces, consecuencia de la vagancia (Prov 10, 4), en cuyo caso su pobreza es su ruina (Prov 10, 15); se ve así por no quererse someter a la disciplina y al esfuerzo (Prov 13,18); como vagabundo le viene la miseria, y la indigencia como ladrón (Prov 24.34); va detrás de las quimeras y se harta de miseria (Prov 28,19) y termina por refugiarse en la bebida (Prov 31,7), cae en un estado lamentable por su indolente proceder. A este pobre habría, tal vez, que aplicar aquella sentencia lapidaria de San Pablo: "El que no trabaje, el que no quiera trabajar, que no coma" (2 Tes 3,10) A pesar de todo, ante un hombre así hay que compadecerse, pero, ¿con qué clase de compasión y de acción caritativa?

**DAL:** pobre, débil, indigente, menesteroso

El vocablo *Dal* habla de la situación humana, fisiológica, del hombre; del hombre enfermo, débil, flaco, desnutrido, en oposición al sano, fuerte, gordo, bien alimentado. El término se usa en el sueño del Faraón para designar a las siete vacas flacas que siguen a las gordas. Toma también un acento de índole moral cuando se refiere a la injusticia social que oprime al desvalido, con una tremenda repercusión en el cuerpo enflaquecido del pobre.

El *Dal*, desgraciado y mísero, torturado por los violentos, está protegido por Dios (Job 5,16) que acude ante sus lamentaciones (Job 34, 28) para salvarle (Is 11,4), para ser su refugio en su angustia (Is 25,4) y ponerle por encima de los que le tienen humillado (Is 26,6), para hartarse de comer (Is 14, 30) y no dejarle morir de hambre (Sal 72,3); para sacarle del basurero en que se encuentra (Sal 113,7); para hacerle justicia y librarle de los opresores y los criminales (Sal 82,3-4; Job 4,1). Dios castiga a los que le estrujan y desamparan (Job 20,19), a los que le aplastan contra el polvo (Am 2,7) y le compran por

un par de sandalias (Am 8,6), los que son capaces de robarle lo poco que tiene (Prov 22,22); no oye los lamentos de los que no quisieron oír los lamentos en que se deshacía el pobre (Prov 21,13); y, por el contrario, bendice al que lo cubre al verle sin vestido (Job 31,19), recompensa al que ejerce con él la acción caritativa (Prov 19,17; 28,8) y le da un pedazo de pan para aliviar su hambre (Prov 22,9). El Soberano, que lo juzga con justicia, consolida su reinado para siempre (Prov 22,14).

El *Dal* es tan grande ante Dios, que el que le oprime, le engrandece (Prov 22,16). Abandonado incluso por los suyos (Prov 19,4) está lleno de inteligencia y anda por el camino recto (Prov 28,11)

**EBION:** Pobre, necesitado, miserable, desventurado

Este vocablo nos sitúa también en un contexto social. Se trata del pobre bajo al aspecto de miserable que implora y espera la caridad del prójimo. Nos coloca en una situación social donde existe la mendicidad y el pauperismo. Nos pone ante la debilidad del oprimido que se deshace en la penosidad de su indigencia frente a la opulencia de los opresores. Por eso, a veces, se trata del "oprimido" en sentido moral.

El *Ebion* no tiene razón de ser en una comunidad de hermanos (Dt 15,4); es un necesitado, al que hay que abrir el corazón y las manos para darle todo lo que necesita (Dt 15,7); un mendigo, por el que hay que sentir piedad (Job 30, 25; 31,19; Prov 31,20); un oprimido, al que hay que liberar (Sal 82, 4); un hambriento, al que hay que hartar de pan (Sal 132,15). El *Ebion* es un miserable que no tiene apoyo alguno (Sal 72,12), pobre y desdichado (Sal 86,1), para el que Dios es refugio en su angustia, abrigo contra el aguacero y sombra contra el calor (Is 25,4), su protector contra los malvados (Jer 20,13), su esperanza en el desvalimiento y el olvido (Sal 9,19), su auxilio en el gemido lastimero (Sal 12,6), su libertador ante

los explotadores (Sal 35,10; 40,18), el único que le puede sacar de su miseria (Sal 107, 41), el abogado que defiende su causa ante los jueces (Sal 109,13) para que se le haga justicia y sea salvado (Sal 140,13). Este es el fin primordial de la Administración de la justicia, salvar al pobre de sus opresores (Ex 23,6) y esa la misión del dirigente: "Haz justicia al desventurado y al pobre" (Prov 31,9), cosa que no tenían en cuenta los dirigentes y los jueces, que se dejaban sobornar: "No hacen justicia, no respetan el derecho de los huérfanos, ni dictan sentencias en favor de los pobres" (Jer 5.28), aunque hubo honrosas excepciones, como el rey Joaquín que "hacía justicia al débil y al pobre y todo le iba bien" (Jer 22,16).

El *Ebion* es una víctima de los criminales (Sal 37,14). Frente a ellos está Dios que le escucha siempre y jamás le rechaza (Sal 69,34; 70,6; 72,4). Levanta de tal modo sus ánimos y alimenta su esperanza, que hasta le promete un estado feliz en un mundo utópico: "Los pobres comerán en mis pastos y los indigentes comerán en calma" (Is 14.30), sin que nada ni nadie los perturbe; "se alegrarán en el Señor y se gozarán en el Santo de Israel" (Is 29,19). Frente a este futuro lleno de felicidad para los pobres, se cierne el castigo para sus opresores (Am 4,1), contra los que se dejan sobornar con dádivas y atropellan los derechos de los pobres en los tribunales (Am 5,12), los que incluso intentan exterminarlos (Am 8,4), "gentuza cuyos dientes son espadas, y cuchillos sus molares para devorar a los humildes y acabar con los pobres de la tierra" (Prov 30,14), pues el miserable molesta siempre; contra los que urden mentiras y tramas inicuas con el fin de perderlos y aplastarlos (Is 32,7); contra los asesinos que, sin el menor escrúpulo, matan al mísero y al pobre (Job 24,14). Ese fue también el crimen de Sodoma, no socorrer al pobre y al indigente (Ez 16,49), el pecado del pueblo que Ezequiel denuncia con todo vigor: "Pisotean al pobre, maltratan al menesteroso, oprimen al extranjero contra todo derecho" (Ez

22,29).

**ANI:** Pobre, afligido, miserable, humillado

La significación original se refiere al hombre curvado, jorobado, en sentido físico: el hombre que dobla su cabeza bajo el peso de la miseria, de la amargura y de la humillación. Más tarde designa también al que es fiel a la Alianza.

La solidaridad con el *Ani* la expresa así Isaías: "Repartir el pan con el hambriento, hospedar a los "pobres" (*aniyim*) sin techo, vestir al que veas desnudo y no eludir al que es tu propia carne" (Is 58,7) "Dichoso el que tiene piedad de los pobres" (Prov 14,21) y "ay de aquel que aplasta su rostro" (Is 3,15), de los que le quitan su derecho (Is 10, 2; 32, 17).

Dios siente por estos pobres, que son también humildes, una infinita compasión (2 Sam 22,28; Job 36,6-15; Is 41,17). Porque ellos, el pueblo "humilde y pobre" esperan en el nombre del Señor (Sof 3,12) y su esperanza no puede quedar defraudada. Dios es su *Goel*, su redentor (Sal 9,13), que alza su mano en su favor (Sal 10, 12; 12,16; 18,28; 22, 25; 34, 7), pues "no hay nadie como él que libra al pobre de sus explotadores" (Sal 35,10; 40,18; 68,11; 69,30; 70,6;74,21; 140,13). Eso es también lo que debe hacer el hombre, defender al pobre, hacer justicia al desvalido y al humilde (Sal 82,3), pobre de solemnidad desde su nacimiento (Sal 88,16), en lugar de explotarle (Dt 28,14). Es lo que debe hacer, sobre todo, el Soberano (Prov 31, 9), hacer justicia a los desventurados y salvar a los pobres (Sal 72, 2-4), en lugar de robar al pobre porque es pobre y oprimir al débil en su tribunal (Prov 22, 22).

El *Ani* es también un afligido, un humillado, hundido en la ruina y la desgracia, un necesitado de consuelo y de ánimo que acude a Dios, en quien vierte de manera absoluta su vida desgraciada y del que espera confiado la ayuda apremiante que con urgencia necesita. Dios escucha su grito de socorro y con

infinita generosidad le prodiga su auxilio (Gn 16,11; 29,32; 31,42; Ex 3,7.17; 4,31; Dt 26,7; 1 Sam 1,11; 2 Sam 16,12; Job 10,15;30,16.27;36,8.15; Sal 25,18; 31,8; 44,25). ¿Cómo no se iba a conmovier Dios ante un hombre que tiene los ojos consumidos de aflicción y que está constantemente con las manos alzadas hacia él (Sal 88, 10)? ¿Cómo no se va a conmovier ante los que habitan en tinieblas y en la sombra mortal, cargados de miseria, de aflicción y de cadenas (Sal 107, 10)? ¿Cómo no se va a compadecer, puesto que si no se compadece, morirán sin remedio en la miseria (Sal 119,92)?

La aflicción del *Ani* es, con frecuencia, una prueba de Dios para purificarle, para comprobar su fidelidad y para ver si da la talla (Gn 41,52; Is 48,10; Lam 1,9;3,1.19); para manifestar que, a pesar de la humillación y la desgracia, no cae nunca en la iniquidad (Job 36,21).

**ANAW:** Pobre, pobre de espíritu, humilde, dulce

Tiene substancialmente el mismo significado de *Ani* y acentúa el matiz espiritual. Casi siempre lo encontramos en plural. Los *Anawim* se identifican con los "Pobres de Yavé", en los que se descubre una especial dulzura, una profunda religiosidad y una piedad confiada. Ellos constituyen, en cierto modo, el verdadero pueblo de Yavé. Son los pobres oprimidos que guardan fielmente la Alianza y el sentido de la confraternidad.

A los *Anawim* Dios los protege de manera especial, son como la niña de sus ojos, por su doble condición de *pobres* y de *humildes*. Misión del Mesías será salir en su defensa y hacerles justicia (Is 11,4), devolverles la alegría de sentirse protegidos por el santo de Israel (Is 29.19), anunciarles la buena noticia (Is 61,1), atender sus deseos, confortar su dolorido corazón (Sal 10,17) y saciar sus hambres (Sal 22, 27).

Los *Anawim* representan a "todos los oprimidos de la

tierra" (Sal 76.10), "humildes y humillados" (Sal 147,6). Los bienaventurados de Jesús, que heredarán la tierra (Gal 37,11) y que "serán coronados de victoria" (Sal 149,4). Los que tengan piedad de ellos serán, como ellos, "bienaventurados" (Prov 14.21), mientras que los que los persiguen y les aplastan serán maldecidos (Am 8,4; Job 24,4)

## B.- NUEVO TESTAMENTO

**PTOCHOS:** Pobre, indigente, necesitado, mendigo.

En los LXX es generalmente la traducción de *Ani* y de *Anaw*. Con alguna frecuencia está también por *Dal* y raramente por *Ebion* y por *Rash*. En el N.T. tiene siempre el sentido de pobre social, pero, al mismo tiempo, además de este sentido, tiene el de pobre moral, es decir, humilde.

El *Ptochos* es el que no tiene nada, el que no encuentra trabajo, el que incluso no tiene capacidad para trabajar. Como vive de la mendicidad y está todo el día cruzado de brazos o con el brazo extendido pidiendo limosna, era tenido por vago o por ladrón, despreciado como un parásito; era un ignorante, no sabía discernir y por tanto no servía para testigo. Los *Anawim* son "los nadie, los hijos de nadie, los dueños de nada, los ningunos, los que, aunque sean, no son". En tiempos de Jesucristo "Jerusalén era un centro de mendicidad" (J. Jeremías), una multitud de mendigos en torno al templo.

Los *Ptochoi* son los "bienaventurados" (Mt 5,3; Lc 6,2), los preferidos de Jesús, los primeros llamados a entrar en el reino (Lc 4,18;7,22). Cuantos quieran alcanzar la perfección deben hacerles partícipes de sus bienes, cosa que no se decidió a hacer un distinguido personaje que quería heredar la vida eterna (Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18, 22), pero que sí hizo otro hombre también distinguido, Zaqueo (Lc 19,8)

Pobres habrá siempre (Mt 26,11;Mc 14,5), a los que en todo momento debemos tener con nosotros para así estar con Cristo (Jn 12,8). De ellos no podemos olvidarnos nunca, ni siquiera cuando celebremos una comida o demos un banquete (Lc 14,3.21), en el que ellos deben ocupar los puestos de honor. Hay que hacer colectas para ellos, como hacía San Pablo (Rom 15,26) que los recordaba siempre "con el máximo interés" (Gal 2,10), tal y como le habían encargado Santiago Pedro y Juan.

Los *Ptochoi* son los más pobres y los más generosos y desprendidos, como aquella viuda pobre que echó en el tesoro del templo las cuatro perras que tenía (Mc 12,42-43; Lc 21,3); ellos son los que, por no tener nada, lo tienen todo (2 Cor 6,10), los despreciados de los hombres pero los elegidos de Dios (Sant 2,2-6)

*Ptochos* es el que tiene hambre física y hambre de que triunfe la justicia en el mundo (Mt 5, 6), la única manera de que deje de tener hambre. Pero si donde el N.T. pone "justicia", nosotros ponemos "salvación" o "voluntad de Dios", lo estamos dulcificando de tal manera que le quitamos la fuerza que tiene para chocar contra un mundo lleno de pobreza y de injusticias. La "justicia" aquí es la misma justicia de los profetas, y de los salmistas y de los sabios, la justicia social y no una meliflua justicia espiritual que se pierde en las nubes en un vago e inútil sentimentalismo religioso. Por pobre y por justicia hay que entender lo que todo el mundo entiende, la pobreza económica y la justicia social. Esta pobreza no la quiere Dios, porque es radicalmente opuesta al evangelio, porque ha sido creada por el hombre, como fruto de la injusticia social.

**TAPEINOS:** humilde, de baja condición social.

El vocablo se emplea indistintamente en sentido social y en sentido moral. Dios ensalza a los humildes y humilla a los

soberbios (Lc 1,52); conviene que "los valles se eleven y las colinas se bajen" (Lc 3,5). "El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado" (Mt 23,12; Lc 14,11; 18,14). "El que se hace pequeño, ese es el más grande" (Mt 18,4). "Humillaos ante el Señor. El os ensalzará" (Sant 4,1) a su debido tiempo" (1 Pe 5,6). La grandeza del cristiano está en humillarse para servir de peana a los demás, para que los demás sean ensalzados (2 Cor 11,7).

Cristo fue humilde de corazón (Mt 11,29) y, a imitación suya, lo fue también San Pablo (2 Cor 10,1) que aconsejaba ponerse siempre a nivel de los humildes (Rom 12,16). Santiago dice que hay que sentirse orgullosos de ser de condición humilde (Sant 1,9), como hacía la Santísima Virgen que se consideraba bienaventurada porque Dios se había fijado en su pequeñez, en su baja condición social (Lc 1,48)

**ASTHENES:** Necesitado, impotente, enfermo

Se refiere al enfermo físico, con el que el mismo Jesucristo quiso identificarse (Mt 25,43-44). Jesucristo, los curaba de sus enfermedades físicas y psíquicas (Mc 6,56; Lc 5,15; 8,2; 13,11; Jn 4,46; 5,3-7; 6,12; 11,1-3.6), al igual que lo hicieron los apóstoles (Mt 10,8; He 9,37; 19,12; 28,9).

A veces se refiere al necesitado, al pobre, al que hay obligación de socorrer (He 20,35). Designa también la debilidad del cuerpo humano (Mt 26,41; Mc 15,38; 1 Cor 2,3; 11,30; 15,43), la debilidad del espíritu (Rom 5,6), la debilidad, la insignificancia social (1 Cor 1,27; 4,10), la debilidad en la fe (1 Cor 8,9; Rom 14,1-2.21; 2 Cor 11,29; 1 Tés 5,14), la debilidad de carácter (2 Cor 11,21), la imperfección, la flaqueza espiritual (2 Cor 12,10; 13,9; Rom 8,26; 2 Cor 11,30; 12,5.9.10; Heb 4,15; 5,2; 7,28), la impotencia y la inutilidad (Heb 7,18), el sexo débil (1 Pe 3,7)

**PEINON:** El hambriento, el que pasa hambre

Bienaventurados los que pasan hambre, hambre física (Lc 6,21; Mt 5,6), no hambre de hacer la voluntad de Dios, aunque esos también lo sean, porque serán hartos, porque Dios los colmará de bienes (Lc 1,53).

Jesucristo pasó personalmente hambre (Mt 4,24; 21,18; Mc 11,12), sigue pasando hambre en todos los famélicos que llenan la tierra (Mt 25, 35.37.42.44). Los apóstoles también pasaron hambre (Mt 12,1; Mc 2,25; Lc 6,3; He 10,10); de manera especial la pasó San Pablo (1 Cor 4,11) que estaba acostumbrado a todo, a tener de todo y a no tener de nada, a vivir en la abundancia y a carecer de lo necesario (Fil 4,12) y que inculcaba a los fieles de Roma los consejos de los sabios: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer" (Rom 12,20); y recrimina a los de Corinto con estas palabras: "Cada uno se adelanta a comer su propia cena; y mientras unos pasan hambre, otros se emborrachan" (1 Cor 11,21), algo intolerable en una comunidad cristiana que debe ser fraterna.

**PENES:** Pobre, que sufre para ganarse la vida

En los LXX responde al término *Ebion*, alguna vez a *Rash* y a *Ani*. Se trata del que vive de su trabajo, del que para vivir tiene que trabajar y trabajar duro.

San Pablo aplica a Dios las palabras del salmo: "Ha repartido con generosidad a los pobres; su justicia permanece para siempre" (Sal 112,9; 2 Cor 9,9), lo que significa que Dios hace justicia al pobre, dándole la oportunidad de que no le falte el trabajo para ganarse de comer.

Mientras que al *Ptochos* le falta todo, al *Penes* ni le falta nada, ni le sobra nada. Este sería el ideal querido por Dios, en el que todo el mundo cumple con el deber y ejerce el derecho de trabajar. El *Penes* vive de su trabajo. Tiene lo suficiente para

vivir, y no se hace rico, no puede hacerse rico, pues con un trabajo honrado nadie puede enriquecerse. Con eso le basta. Ni quiere más, ni pide más, ni Dios le da más. Confía en la Providencia para que no le falte el trabajo, para ganarse cada día el pan que necesita para cada día, tal y como lo pedimos en la cuarta petición del Padre Nuestro.

**PRAUS:** Manso, dulce

Este sexto vocablo representa la culminación y la sublimidad del pobre ideal. Es como la guinda, el retoque final del retrato del pobre, que llena de perfección y de belleza al pobre presente en todas las páginas de la Biblia, como el preferido del Señor.

En los LXX es la traducción de *Ani* y de *Anaw*. En el N.T. se refiere a la mansedumbre, a la ternura, la dulzura en el ser y en el actuar, en el comportamiento espiritual y humano. Los que así son y se comportan son bienaventurados (Mt 5,5).

Así era Jesucristo, lleno de afabilidad (Mt 11,29), de bondad y de ternura (2 Cor 10,1). Lo era también San Pablo (1 Cor 4,21) y lo debe ser todo cristiano, sumamente amable con todo el mundo (Ef 4,2; Col 3,12; Tit 3,2) y dócil para recibir la palabra salvadora (Sant 1,21), pues el verdadero sabio es el que procede en todo con dulzura (Sant 3,13; 1 Pe 3,16).

Ese es justamente el proceder del pobre: la humildad propia del que se acerca con respeto y habla suplicando. Aunque la palabra *Praus* no designa directamente al pobre, los LXX hicieron muy bien al significar con ella al pobre y al humilde, al que, por ser pobre, es también humilde.

El *Ptochos*, por ser también *Praus*, es el "pobre de espíritu", el que procede con dulzura con afabilidad, con bondad, con apacibilidad, con benevolencia, con benignidad, con calma, con indulgencia. Este es el pobre ideal, bienaventurado y bendecido por Jesús.





